

GINNY BENNET

# Magia y Amor



GINNY BENNET

Magia  
y Amor

Derechos de autor © 2020 Virginia Rodríguez Ortiz  
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ASIN:

Diseño de la portada: © Marvin Yke

*Dedicado a maridín por dotar de magia mis días.*

# Contenido

[Vuelta a Casa](#)

[Ese Calor Familiar](#)

[El Mercado](#)

[Todo está Perdido](#)

[Llega el Nikolaus](#)

[Resurgir de las Cenizas](#)

[Pánico en el Mercado](#)

[Dudas](#)

[Una puerta se cierra y otra ...](#)

[Las Ventas Comienzan](#)

[Decisiones](#)

[La Magia](#)

[Nochebuena](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

# Vuelta a Casa

Hacia mucho tiempo que Elke no volvía a casa. Cuando únicamente asistía a clases, solía visitar a sus padres cada mes, como mínimo, pero desde que también comenzó a trabajar de becaria, le había resultado imposible conseguir algún día libre. Tiene sus prácticas soñadas: diseñadora becaria en una empresa de moda, como parte final de su formación en “Diseño y Moda” que realiza en Hamburgo. Si al terminar sus prácticas ha causado buena impresión, habrá una plaza para ella.

Elke nunca se había parado a pensar que empezar a trabajar le quitaría tanta libertad. Además, todo son prisas, recortes de presupuesto, fechas límite imposibles y gente esperando a que falles para quedarse con tu puesto. Es como una jauría de alimañas. Elke está empezando a pensar que diseñar ropa de esta forma no es tan glamuroso como le parecía en un principio. Ella sabe, en el fondo, que no quiere que la contraten en esa empresa al finalizar sus prácticas, pero tampoco sabe qué hará con su vida, si eso ocurre.

La familia de Elke proviene de una larga estirpe de curtidores de piel en Núremberg. Poseen una empresa familiar de confección de prendas en piel de pelo largo: gorros, guantes, estolas bufandas... Las técnicas artesanales de confección que utilizan han pasado de generación en generación por parte del padre de Elke, Klaus Schneider. Otra rama de la familia de Klaus se dedica a la cría de animales en Polonia y ellos son los encargados de enviar la materia prima. Elke recuerda pasar su niñez ayudando a sus padres. Siempre había algo que hacer en la fábrica. A sus 15 años, Elke ya confeccionaba sus propios gorros de piel y le entusiasmaba, se podría decir que ese fue el origen de su amor por el diseño de moda.

La fábrica de la familia Schneider, llegó a ser uno de los puntos de trabajo más importantes de Núremberg, pero ahora ya no es tan grande. Klaus y su mujer, Petra, mantienen la fábrica, pero a una décima parte de su rendimiento. A estas alturas de sus vidas, no les queda la energía ni el dinero suficientes para continuar en la brecha, sólo les interesa fabricar el producto necesario para sobrevivir y no aburrirse. Están cerca de la jubilación y consideran que ya han trabajado lo suficiente. Prefieren vivir.

Con su producción, proveen a alguna que otra tienda local, atienden pedidos de forma online y abastecen el puesto que ponen, todos los años, en el mercado navideño de Núremberg, quizá uno de los mercados navideños más populares de Alemania, que abre al público a finales de noviembre y termina justo antes de Navidad.

Este año, uno de los empleados de Klaus y Petra, que suele ayudarles en el mercado, se ha puesto enfermo y para poder atender el puesto necesitan un suplente. Se han vuelto locos intentando encontrar un ayudante, pero las personas de Núremberg que no están de vacaciones o con trabajo fijo, ya están contratadas en los otros puestos navideños. Al final, han pedido a Elke que venga a ayudarles con el puesto, como hacía antes de irse a estudiar fuera.

A Elke le encanta estar en casa por Navidad. Este año lo tenía complicado, porque está en el último año de carrera y con las prácticas recién empezadas, pero no quería defraudar a sus padres. Después de muchas charlas con su jefe de estudios, por fin, llegó a un acuerdo para poder llegar a Núremberg a tiempo para la apertura del mercado. Después del parón navideño, espera

seguir teniendo su puesto de becaria cuando vuelva o ¿mejor sería perderlo?... Está muy confusa con su futuro.

El paisaje avanza a toda velocidad a través de la ventanilla del tren camino de Núremberg, mientras Elke se encuentra sumida en sus pensamientos. Los bosques nevados de Alemania pasan ante ella como si fuese una película panorámica. Es hipnótico ver pasar el paisaje, todo blanco y congelado. Contempla un bosque cubierto con un manto de nieve impoluta, parece una escena sacada de una bola de nieve. Respira hondo. Ya empieza a sentirse más cerca de casa.

Aunque Elke vuelve, sobre todo, para ayudar a sus padres, no puede dejar de pensar en algo que la incomoda. Que sus padres sigan utilizando piel de animal para sus creaciones, cada vez le parece más cruel. Ya no se siente a gusto comercializando ese tipo de tejidos. Idea excusas para ayudar a sus padres, pero de otra manera y así evitar ponerse en el puesto. Podría encargarse, por ejemplo, de limpiar la casa o de comprar la comida... y así ayudar de forma indirecta porque no le apetece vender prendas de piel. Lleva un buen rato dándole vueltas y siempre llega a un callejón sin salida. ¿Cómo va hacerles eso a sus padres?

En esas estaba, cuando se le coló un poderoso pensamiento en la cabeza: “el puesto es una tradición en mi familia, fabricar esas piezas en piel es una tradición en mi familia... ¿No es de eso de lo que trata la Navidad? ¿De celebrar tradiciones?” Este pensamiento le hace sentirse algo mejor y le ayuda a justificarse un poco para no sentirse tan mal ayudando a sus padres a vender pieles en el mercado. Pero, al mismo tiempo, decide que éste será el último año que venderá prendas de piel de animal. Va a intentar explicar a sus padres cómo le hace sentir eso y convencerles de que habría que cambiar de producto o por lo menos de materia prima para confeccionarlo. ¡Buena suerte con eso! Se dice así misma.

Cuando justo se afianzaba en esta decisión, apareció una señora muy risueña por el pasillo, camino al siguiente vagón, que llevaba puesto un abrigo en un tono verde brillante. Al levantar la mirada y encontrársela, Elke se quedó mirando fijamente a la señora, sin darse cuenta y ésta, sintiéndose un poco cohibida, la saludó. Al percatarse de ello, ella le devolvió el saludo de vuelta. A Elke le dio por pensar que era una señal, la señal de haber elegido correctamente, al decidir ayudar a sus padres pese a lo mal que le hacía sentir. “El verde aporta esperanza y es el color de las elecciones bien hechas”, pensó, sintiéndose algo mejor con ello.

“Próxima parada Würzburg. Recuerde llevar todas sus pertenencias con usted cuando baje del tren. Muchas gracias por viajar con nosotros”, se escuchó por los altavoces.

Elke despertó de sus pensamientos y miró por la ventanilla. Quedaba muy poquito para llegar a Núremberg. Qué ganas tenía de volver a ver a su familia, pero también a su amiga Edith. Hacía pocos días que había hablado por teléfono con ella, sabía que estaba a punto de llegar a Núremberg también. Edith era su amiga de la infancia. Se contaban todo y habían hecho muchas cosas juntas por primera vez, como besar al mismo chico, beber cerveza, aprender a patinar... El primer gorro de piel que confeccionó Elke, fue para Edith. La echaba mucho de menos, pues se veían muy poco desde que ambas se pusieron a estudiar sus respectivas carreras. Elke en Hamburgo y Edith en Colonia.

Elke volvió a mirar por la ventanilla. Ahora se veía pasar un campo nevado completamente liso. Esta imagen le recordó el día en que ella y Edith se fueron con el trineo y acabaron empapadas hasta la ropa interior. Eso no habría sido problema si no hubiese sido porque era el día de Navidad y debían ir a comer a casa de unos amigos comunes de sus padres. Ambas aparecieron chorreando de arriba abajo y se llevaron una buena reprimenda. Una sonrisa de nostalgia apareció en la cara de Elke.

Se escuchó por los altavoces que llegaban a la estación término. Miró por la ventanilla y

empezó a reconocer los barrios de su ciudad natal. Las calles despejadas con nieve derretida en las orillas, las ventanas con las luces navideñas encendidas, la gente circulando de un lado a otro... El tren se adentró en la gran estación de Núremberg y estacionó en su vía. Elke recogió su maleta y se dispuso a bajar del tren. No tenía muy claro si sus padres podrían venir a recogerla ni estaba segura de cómo andarían de trabajo con los preparativos para el mercado.

Al llegar a la gran sala central de la estación, allí estaban. Altos, elegantes, enfundados en sendos diseños propios, gorro y manoplas a juego, los padres de Elke atisbaban buscando a su querida hija. Sus caras se iluminaron cuando sus miradas se encontraron y Elke echo a correr hacia ellos. A Petra se le empezaron a anegar los ojos de lágrimas y Klaus no sabía más que decir que la habían echado mucho de menos. Elke se dejó envolver por esos brazos llenos de ese calor familiar que había echado tanto de menos durante los últimos meses.

Sí, a Elke le gustaba volver a casa por Navidad.



## Ese Calor Familiar

El padre de Elke cogió la maleta de su hija y los tres se fueron hacia el coche. Al salir de la estación, estaba nevando copiosamente. La nieve empezaba a cuajar sobre una hilera de bicicletas que había aparcadas a la entrada y ya casi ni se veían. Elke se anudó la bufanda, tapando su boca y se agarró más fuerte a su madre. Le reconfortaba agarrarse a ella, siempre estaba calentita. Elke la consideraba como una estufa portátil.

Al llegar al coche, se pusieron en marcha hacia casa. La familia de Elke vivía en las afueras de la ciudad, casi en el campo. Tenían una casa familiar bastante grande, que poseía un terreno dónde se levantaba la fábrica de piel. Ese día se veía precioso, todo cubierto con una alfombra blanca y mullidita de nieve. Elke sonrió al ver aparecer su hogar al final del camino.

Al entrar, la casa estaba caldeada. Esa era otra de las virtudes de Petra: la madre de Elke sabía cómo mantener la casa calentita de forma eficaz. La entrada daba al salón dónde había una gran chimenea crepitando y presidiendo toda la planta baja. Todos entraron y Petra le ofreció una taza de caldo que acababa de hacer aquella misma mañana. Ese tipo de comidas eran las más reconfortantes, pensó Elke y lo aceptó de buena gana. Bebérselo le calentó el alma y le hizo sentir que ya estaba en casa.

Después, Elke subió a su habitación. Las habitaciones del piso de arriba estaban dispuestas de tal forma que rodeaban la salida de humos de la chimenea que atravesaba la casa camino al tejado. Eso caldeaba también el piso de arriba, además, disponían de suelo radiante en toda la casa. Una actualización que se instaló por insistencia del hermano de Elke que no paró hasta conseguir que sus padres aceptasen ese pequeño despilfarro. Ambas cosas funcionaban a la perfección para crear un ambiente hogareño y caldeado durante los crudos inviernos alemanes.

Dieter, el hermano de Elke, era militar y tenía mucha voz en aquella casa, a la que volvía cada vez que tenía permiso. Todavía no tenía pareja estable ni parecía tener ganas de ello. Prefería tener a alguien en cada puerto, por así decirlo. Por lo demás, era buena gente.

Elke vio su maleta encima de la cama. La había subido su padre. La abrió y empezó a sacar sus cosas. Su habitación estaba patas arriba. Tanto su habitación como la de su hermano hacían de almacén y estaban hasta arriba de cajas con los productos para vender en el mercado. Apartó unas cuantas y llegó a su armario. No era la primera vez que su habitación experimentaba ese cambio, era algo que sucedía todas las navidades. Sus padres aceptaban producto sobrante de las tiendas que no habían cumplido su cupo para venderlo en el mercado.

De esta forma, Elke se percató de que sus padres iban un poquito atrasados este año. Normalmente para cuando se abría el mercado, su habitación ya estaba vacía de paquetes y este no era el caso. En ese momento Elke no le dio mucha importancia al estado de su habitación, así que organizó sus cosas, se instaló y bajó al salón de nuevo.

Al llegar, vio que sus padres estaban sentados frente a la chimenea, hablando. Al llegar, Elke vio que su madre tenía una cara muy larga.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Porque estás triste?

—Dieter no vendrá para navidades. Nos lo ha dicho esta mañana y me apetecía mucho teneros a los dos.

—Ya le he dicho que no siempre se tiene lo que se quiere. Que se alegre de que estás aquí y que nos puedes ayudar —dijo un Klaus muy resuelto y optimista—. Además, Dieter vendrá para año nuevo. No es que no vaya a venir hasta dentro de mucho tiempo.

Así eran los padres de Elke. Se compenetraban muy bien. Su madre, Petra, era más visceral y propensa a los dramas. Su padre, Klaus, en cambio, pensaba más las cosas y buscaba la parte positiva a todo. Además, sabía bajar a Petra a tierra para que se calmase. A Elke le gustaba mucho esa faceta de su padre. Les hacía, a todos, la vida más fácil.

En ese momento sonó el teléfono de Elke. Cuando vio la pantalla le salió una sonrisa y puso el manos libres.

—Hola, Elke, ¿cómo andas? ¿qué tal el viaje?

—¡Edith! Holaaaaa, pues muy bien. Ni me he enterado de las cuatro horas.

—¿Nos vemos para cenar?

—Espera. —se volvió hacia sus padres y ambos asintieron con la cabeza.

—Edith, ¿te vienes a cenar a casa?

—Genial, en una hora estoy allí.

Elke dio las gracias a sus padres. Petra le dijo que aparte de la sopa iba a poner *kassler* con *sauerkraut*. Ella llevaba tanto tiempo sin comer casero que le dio su aprobación ipso facto. Entonces, su madre sonrió. Le encantaba que adularan sus cualidades culinarias.

Después, al calor de la chimenea, todos se pusieron al día sobre los estudios de Elke, sus prácticas, las fiestas y las tareas a realizar antes de la apertura del mercado. Elke quería sacar el tema de lo poco que le gustaba vender pieles de animal, pero no fue capaz. Al final, pensó que lo haría al terminar el mercado para que se fueran haciendo a la idea.

En ese momento, le llegó un mensaje al móvil. Era de su jefe de estudios, que decía que la empresa en la que estaba de prácticas necesitaba que les enviase algo por mail. Elke se disculpó con sus padres y subió a su habitación donde estaba el portátil, quería quitarse de encima esa tarea lo más pronto posible.

Justo al terminar, escuchó el timbre de casa. Apagó el portátil y bajó corriendo porque sabía que era Edith. Las amigas se encontraron y se fundieron en un gran abrazo de oso.

Edith era como un pequeño duendecillo. Allí por dónde iba, repartía alegría y felicidad. Era la persona más optimista que conocía Elke y contagiaba su estado de ánimo. Ella sabía escuchar y, como Klaus, sabía encontrar el lado positivo a todo. Por eso la había echado tanto de menos. Ella hacía que Elke no se tomase las cosas tan a la tremenda, tenía muchas ganas de ponerle al día a solas y contarle sus dudas sobre el futuro. Pero eso tendría que esperar, pues sus padres las instaron a sentarse para la cena.

Para Elke, si había algo mejor que volver a casa, era tener una comida familiar con las personas que le importaban, además de todas las cosas ricas que su madre le cocinaba y ya estaban esperándole en la mesa. La cena fue muy animada, haciendo planes para llevar a cabo todas las tareas y Edith dando algunas ideas para organizarse. Ella era como una hermana para Elke y sus padres la trataban como si fuese de la familia.

# El Mercado

En dos días, el mercado de Núremberg debía estar preparado para su apertura al público. En casa de Elke andaban todos como pollos sin cabeza de un lado para otro, organizando, empaquetando y preparando.

A sus padres nos les gustaba tener todo el producto en el puesto, solían alquilar un local cercano con su buena cerradura y alarma. Iban llevando mercancía al puesto a medida que se iba vendiendo. Eso requería una buena planificación y tener siempre a alguien disponible para que pudiese traer más material. El almacén de otros años se había convertido en una sucursal bancaria, así que los padres de Elke tuvieron que buscar otro sitio. El almacén que habían conseguido este año estaba un poco más lejos del mercado, pero cumplía el resto de requisitos.

Hoy tocaba llenarlo. Aun así, sus padres tampoco llevaban todo el producto allí, sólo llevaban algo más de la mitad de lo que tenían para vender. De esta forma siempre podrían improvisar con lo que tenían en casa. Esa era una organización que les había funcionado los últimos 15 años. Para qué cambiarla. Elke llenó el coche de su padre hasta arriba de productos y se disponía a salir hacia el almacén cuando su madre la llamó, diciendo que su móvil estaba sonando.

Elke entró de mala gana en la casa y contestó a la llamada. Era su jefe de prácticas pidiéndole unos diseños, esos que ya le había hecho llegar antes de irse de Hamburgo, pero que él no encontraba por ningún lado. Según él, nunca se los envió. Ese tipo de cosas eran las que minaban el entusiasmo de Elke y hacían que perdiera la ilusión por ese trabajo: la incapacidad de la mayoría de sus superiores. Subió de mala gana a su habitación y encendió el portátil. Al conectarse tenía muchísimos mails de la misma persona con diferentes preguntas y exigencias. No les hizo ni caso, se centró en enviarle lo que le había pedido y se fue. Estaba empezando a estar más que harta con esas prácticas. No tenía muy claro que quisiera terminarlas, aunque eso supusiese quedarse sin el empleo. Elke pensó que, en cuanto pudiese, llamaría a su jefe de estudios y le explicaría como se sentía, a ver si le ofrecía alguna solución.

Elke se alegró por sus padres, porque el almacén estaba situado en una zona muy buena de la ciudad. Al llegar, se podía aparcar con facilidad y se entraba desde la calle. Era un local más que un almacén y tenía una pinta estupenda. Allí, Elke se encontró a su padre con un lector de código de barras en la mano, haciendo recuento del stock. Ella bajó las cajas del coche y se pusieron a ordenarlas por referencia. Entre tantos viajes y tanta organización de cajas, se les hizo bastante tarde y le fue imposible hacer esa llamada a la escuela.

Al día siguiente, nada más desayunar, Elke llamó a su jefe de estudios, pero resultó que no estaba en la oficina. Dejó recado para que la llamase de vuelta, aunque con lo ocupado que normalmente estaba, no tenía muchas esperanzas de que eso sucediese, pero por probar...

Elke decidió olvidarse un poco del tema y dar una vuelta por el mercado para ver cómo estaban los puestos. La gran mayoría de ellos eran puestos fijos de todos los años. Había mucho movimiento aquella mañana, pues al día siguiente se abriría al público y todo el mundo, incluidos los operarios del ayuntamiento con las luces y adornos navideños, iban ultimando detalles.

En una zona estaban los puestos de artesanía en madera, de ropa y accesorios de lana, puestos con piezas de adornos para el árbol, decoración navideña hecha con productos reciclados. Mas

allá, se encontraban el puesto de Playmobil con sus conjuntos de figuritas y escenas navideñas. Un poco más adelante, estaba el puesto de Käthe Wohlfahrt con todos sus productos navideños, desde decoración hasta vajilla, todo un clásico del mercado. En otra zona, se podían ver ya los puestos de comida, vino caliente, chocolate caliente, galletas lebkuchen, bretzels de infinidad de sabores, dulces y salados ...

En fin, que ya estaban todos los puestos montados a falta de ultimar detalles para su apertura. Elke iba saludando a la mayoría de los propietarios. Después de tantos años, ya eran como una gran familia. Patricia, la dueña del puesto de lebkuchen, le dio a probar una de sus galletas y estaba de rechupete. A lo lejos vio que Edith venía hacia a ella.

—¿Nos tomamos una cervecita? ¿Tienes tiempo? —le preguntó.

—Por supuesto, nos tenemos que poner al día.

Las amigas se dirigieron a *Schlüters Alpenwelt*, uno de los mejores y más grandes puestos de comida y bebida del mercado y el más céntrico. Al comenzar el mercado navideño, en este puesto habría música en vivo todos los días. En este puesto la gente suele estar muy animada, canta, bebe y come con gran alegría: el mejor ambiente se concentra en este lugar. Los dueños del *AlpenWelt* siempre son los primeros en abrir, para que los dueños del resto de los puestos puedan comer allí mientras terminan de organizarse.

Las chicas se pidieron dos cervezas y una *frikadelle*. Una no puede resistirse a ese olorcito y sus raciones son inmensas. Mientras comían empezaron a contarse la vida.

—¿Qué tal te va en Colonia? —Elke fue la primera en preguntar.

—El curso me va fenomenal. Ya me han ofrecido trabajo en prácticas para cuando acabe en un centro que me interesa mucho.

Edith se fue a estudiar Coaching de Alto Rendimiento Deportivo a Colonia y está encantada, es su carrera soñada. En Colonia conoció a su novio, hijo de una familia de fisioterapeutas de Frankfurt, con clínica privada. En cuanto Edith acabe las prácticas, tienen previsto trabajar en la clínica familiar mientras consiguen reunir dinero y experiencia. Su plan es instalarse allí y abrir su propio centro de alto rendimiento como ampliación de la clínica.

—Pero tengo que darte una noticia —Edith miraba a Elke con los ojos muy brillantes, se notaba que había algo que la emocionaba.

—Dime, ¡venga!

—Este año voy a volver a actuar con mi abuelo en el mercado navideño.

—¡Hala! ¿Tú también vas a trabajar este año aquí? Jajajajaja qué casualidad.

El abuelo de Edith lleva siendo el Papá Noel del mercado desde hace muchos años y suele salir con un ayudante. Hubo una época en que lo hacía Edith, pero lo dejó cuando se fue a estudiar fuera. Este año volvía a ser la duendecilla de Papá Noel. Elke pensó que todo se confabulaba para pasar un último año como antaño. Tenía la impresión de que era una especie de despedida, antes de que cada cual se perdiese en su propia vida.

Siguieron hablando y recordando anécdotas de años atrás, cuando ambas trabajaban en el mercado y se escapaban para tomarse un vino caliente a escondidas. Al final, Elke no le contó las dudas que albergaba sobre su futuro, pensó que no le apetecía romper el hechizo del momento.

## Todo está Perdido

Hace ya unos días que el Ángel de la Navidad de Núremberg inauguró el mercado navideño. Esta figura es una de las más destacadas de Alemania en esta época del año, aparte de Papá Noel, conocido allí como *Der Nikolaus*. La joven elegida hace el papel de ángel dos años y durante ese tiempo suele tener infinidad de obligaciones.

Desde su apertura, el ángel pasa a saludar de vez en cuando y el mercado cada día está más concurrido. El puesto de los padres de Elke está funcionando tan bien como siempre. Sus productos se venden solos.

—Papá, para mañana necesitaremos más gorros de pelo largo negro. ¿Quieres que vaya al almacén cuando cerremos?

—No te preocupes, tu madre y yo íbamos a ir hoy cerca de allí de todas formas. Lo haremos nosotros. ¿La misma cantidad será suficiente?

—Yo creo que sí, para el fin de semana ya traeremos más. Entonces cerramos y me voy a ver a Edith, ¿os importa?

—No, por supuesto. Nos vemos mañana.

Recogieron el puesto y cerraron. Elke se separó de sus padres y se fue a buscar a Edith. Ella estaba ensayando para su aparición con el *Nikolaus*.

—¡Holaaaa! ¿Nos tomamos unas cervezas?

—¡Qué bien que hayas venido! Mira, se ha estropeado el cuello de mi traje. ¿Cómo crees que se puede arreglar? —Dijo Edith un poco preocupada.

—A ver, enseñámelo... ¡Ah! Sí, el pelito que rodea el cuello, con tanto uso se ha desgastado. Creo que podría arreglarlo. Si me invitas a una cerveza, mañana por la mañana lo apaño con algún retal que encuentre por casa —dijo Elke.

—¡Eso está hecho! Entonces, no me preocupo. ¡Qué bien!

Ambas amigas se cogieron del brazo y se fueron a pasear por el mercado hasta que llegaron a su caseta preferida, donde pidieron unas cervezas.

Elke pensó que era una ocasión estupenda para contarle sus preocupaciones. Así que se puso manos a la obra. Al principio le costaba explicar lo que le pasaba, pero a medida que se iba calentando, le resultaba más fácil contarle todas sus dudas sobre qué hacer al terminar la carrera. Le estaba haciendo bien poder contárselo a alguien, por fin.

—Pues qué quieres que te diga. Yo creo que si no te apetece conseguir el puesto en esa empresa, no deberías optar por él. No tengas miedo por no tener un plan B. De momento, no necesitas tenerlo pues todavía te quedan unos meses para terminar tus estudios, hay tiempo —dijo Edith una vez que Elke terminó de desahogarse.

—Ya, pero si supiera qué hacer, me iría encaminando hacia ese objetivo. —Elke tenía tono de agobio en su voz.

—A ver, pero quieres seguir diseñando, ¿verdad?

—Creo que sí, pero no para una gran marca. Me apetece hacer cosas originales y ponerle cariño, no sé...

—Bueno, relájate que no necesitas saber hoy mismo la solución. Tú céntrate en el día a día.

Puedes seguir como hasta ahora, pero sin preocuparte por ese puesto que puedas o no perder y así disfrutarás más de estas fiestas —replicó Edith.

A Elke le gustaba hablar con Edith. Notaba que la escuchaba y que no era de esas personas que te dicen lo que quieres escuchar, sino que era imparcial. Pasaron un rato estupendo, bromeando y al final se pusieron a cantar villancicos con el resto de los que estaban congregados en el puesto. Desde luego que esa caseta volvía a ser de las más animadas, como todos los años.

A la mañana siguiente, Elke bajó a desayunar toda contenta, pensando en cómo arreglar el traje de duendecilla de Edith. Al llegar a la cocina, vio que sus padres estaban sentados, uno enfrente del otro, sin decir una palabra.

—¡Buenos días! Parece que estáis dormidos todavía —dijo Elke alzando la voz y bromeando.

Sus padres no contestaron y la miraron como si fuera una aparición. Ella se percató de sus caras con ojeras y signos de no haber dormido nada en toda la noche. Entonces se alarmó.

—¿Qué ocurre?

—Ha sucedido algo que trastoca todos nuestros planes. Estamos intentando asimilarlo y ver cómo proceder —dijo su padre con tono de preocupación.

—Me estáis asustando. ¿Qué ha ocurrido?

Cuando los padres de Elke llegaron al almacén, la noche anterior, éste estaba inundado de agua. Una tubería del primer piso se había roto, con la mala suerte de que era de un piso vacío y nadie se había dado cuenta del desastre hasta que llegaron Klaus y Petra. Casi la mitad del producto allí almacenado estaba chorreando y flotando. No saben cuánto tiempo llevaría esa tubería echando agua, pero había conseguido inundar las bolsas de plástico que empaquetaban dichos productos.

Elke se quedó sin palabras. No sabía cómo consolar a sus padres. Sabía que, si no completaban las ventas con esa mercancía, ese año no estarían tan desahogados económicamente. Desayunaron los tres en silencio. Esa mañana abrían el puesto sus ayudantes, así que decidieron ir los tres al almacén para ver, a la luz del día, la magnitud de los daños.

Al llegar y entrar en el local, olía fuertemente a humedad y como a pelo de perro mojado. Dejaron la puerta abierta para que se ventilara. La escena era desoladora: unos gorros, por un lado, unas estolas por otro, cajas de cartón deshechas, mitad de un gorro medio negruzco, bolsos completamente estropeados, etc.

A Elke se le cayó el alma a los pies. Sus padres, acostumbrados a la horrible escena por haberla descubierto la noche anterior, se pusieron en marcha en primer lugar.

—Debemos separar lo que esté medio estropeado de lo totalmente arruinado. A lo mejor podemos secar algo y ver si se puede vender, aunque sea de oferta —dijo su padre que buscaba la parte menos negativa del problema.

—Sí, lo que se pueda vender lo llevamos a casa. Hay sitio para estirarlo en la habitación de Dieter. Tenemos suerte de que no venga para Navidad —añadió Elke.

Su madre la miró con cara de pocos amigos, pero luego sus ojos se dulcificaron. Sabía que su hija lo hacía con buena intención y la verdad es que, mirándolo bien, era una suerte que la habitación estuviese vacía.

Estuvieron toda la mañana separando y deliberando qué hacer con cada prenda. Al final, hicieron tres grupos: uno para tirar o imposible de recuperar, otro para ver si era posible salvar algo y un tercero, el más pequeño de todos, con prendas que milagrosamente estaban todavía secas y en buen estado.

Elke, al ver el montón de las piezas difícilmente vendibles, le dolía el alma. Su mente empezó a dar vueltas buscando alguna solución, intentando ver si habría alguna pieza más que se podría

sacar de ahí, cosiendo dos partes de diferentes piezas, creando alguna pieza nueva con retales,... no sabía, pero no quería darse por vencida. Su mente rumiaba y rumiaba cada vez que se encontraba con una pieza medio estropeada.

Al terminar el día, los tres estaban agotados, pero algo menos preocupados porque ya sabían la envergadura de la catástrofe. Si no se inventaban algo, tendrían problemas para llegar con mercancía disponible hasta el final del mercado. A lo mejor debían cerrar el puesto algún día antes. Eso también afectaría a la cantidad mínima de dinero que tenían previsto recaudar. Fondos que solían añadirse a lo que ya tenían para volver a fabricar y vivir el siguiente año.

En unos días iría el perito del seguro, pero no tenían claro si éste cubriría ese tipo de accidentes o a cuánto ascendería la compensación por los daños. Para la feria siempre contrataban el seguro más económico, ya que nunca había ocurrido nada y buscaban el máximo de beneficio.

# Llega el Nikolaus

El día 6 de diciembre, el protagonista del mercado navideño de Núremberg es Papá Noel. El mercado luce sus mejores galas, se iluminan todos los rincones, los puestos están al máximo rendimiento y la afluencia de visitantes aumenta más ese día.

El ayuntamiento ha montado un cable que pasa por encima del mercado, de punta a punta, y a partir de ese día Papá Noel pasará, dos veces al día, en su trineo y acompañado de su duendecillo, Edith.

Toda la familia de Edith viene del circo, son varias generaciones de trapeceistas y acróbatas. El Papá Noel de Núremberg es Hans Turner, el abuelo de Edith. El padre de Edith, su hijo, era un famoso equilibrista que murió tontamente montando a caballo. Edith lo aprendió todo de su padre y su abuelo. Hubo una época en que los tres, abuelo, padre e hija, hacían su propio número. Eran muy buenos.

Que Hans hiciera de Papá Noel en Núremberg empezó por casualidad debido a su parecido, el pelo blanco le creció desde muy joven. Con el paso de los años, él ha provocado parecerse cada vez más. Ahora se ha convertido en un abuelito fortachón y con barba, lo único que tiene que añadir es la barriga pues Hans cuida mucho su forma física.

A Hans le encanta ser el Papá Noel de Núremberg por eso lleva casi veinte años interpretando ese papel. Cuando baja del trineo, recibe a la horda de niños que hacen cola. Hans les atiende con mucha paciencia y escuchando todo lo que piden; es una persona amable y con mucha mano para los niños. Ahora que ya está jubilado del circo, este trabajo le sirve para no echarlo de menos y también, para ganar algún dinerillo extra con el cuál ayudar en la economía familiar de Edith ya que cuando murió su mujer, hace 5 años, empezó a vivir con ella y su madre, Wanda.

Desde que Edith se fue, no había vuelto a actuar con su abuelo y está muy ilusionada. Ese día ambos estaban algo nerviosos, pero de esos nervios que se te ponen cuando vas a hacer algo que te gusta. Edith, vestida de duendecilla, mira hacia abajo y ve que se ha congregado mucha gente en el mercado. Es la primera aparición de Papá Noel y todos los niños están expectantes.

En ese momento ve a Elke entre el público y con signos, le da las gracias por haberle arreglado el traje. Se lo ha arreglado con unos retales que encontró de algo con apariencia a la piel pero que no lo es, muy original. Se da cuenta de que Elke tiene una cara rara y decide que cuando acabe irá a visitarla para averiguar qué le ocurre.

En ese momento, se escucha una voz que da la bienvenida a Papá Noel y Hans comienza a avanzar en su trineo por el cable en el mismo momento en que unos villancicos comienzan a sonar en los altavoces del mercado. El trineo dispone de una barra hacia abajo en la que hay incrustada una nube dónde Edith va sentada, volando por encima de las cabezas de la gente y lanzando bastoncillos de caramelo al público de abajo.

El alboroto que se forma a la caída de los caramelos es notorio. Todo el mundo mira hacia el cielo con los ojos brillantes y el espíritu navideño invade el mercado de Núremberg.

Van y vuelven dos veces por el cable, al terminar, descienden de él para dirigirse hacia el escenario dónde Papá Noel se sentará a recibir a los niños. Edith va organizando las filas de niños y ayuda a que no se desmanden. Hay un fotógrafo sacando una foto cada vez que un niño se



sienta en las rodillas de Hans y éste le da un bastoncillo de caramelo.

Después de unas cuantas horas, por fin acaban. El abuelo de Edith está agotado y se va directo a casa, pero ella va a buscar a su amiga. Se ha quedado preocupada con la cara que tenía. La encontró en su puesto y en cuanto llegó salió a su encuentro.

—Vámonos a dar una vuelta. ¡Mamá lo dejo por hoy! —Gritó Elke al salir.

Su madre la miró y asentó con la cabeza, estaban a punto de dar por finalizado el día.

—¿Me contarás qué te pasa? —Inquirió Edith

—Sí, pero necesito salir de aquí.

Se cogieron del brazo y salieron del mercado. Acabaron en uno de sus lugares favoritos para tomar un bocado y una cerveza. Al sentarse en la mesa Elke se lo soltó. Ya no podía más, tenía que contárselo a alguien y ella era la persona indicada. Edith la escuchó en silencio, con esa cara que pone cuando se concentra. Y Elke se vació, se vació de tal forma que cuando terminó de explicarle como habían llevado parte de lo mojado a casa y que empezaba a oler fatal, sus ojos no aguantaron más y se llenaron de lágrimas. Bajo la mirada y se encontró con sus salchichas en el plato, las miró como si fueran alienígenas.

—Las prendas que estáis secando ¿creeis que son salvables?

—¡Uf! No sé, nunca nos había pasado algo parecido. No tenemos muy claro como quedarán una vez secas.

—Creo sinceramente que si hay alguien que puede sacar algo de provecho de esas piezas eres tú, Elke.

Elke se quedó pensativa en silencio.

—Esta noche necesito dejar de pensar. Desde que he llegado a casa no he parado de darle vueltas a la cabeza, primero a mi futuro y ahora esto. Tengo la cabeza agotada. —Sentenció.

—Tengo una propuesta. Dejar de hablar de todo eso y pedir otras dos cervezas —dijo Edith.

Edith abrazó a Elke suavemente y le dio un beso. Eran mucho más que amigas, eran hermanas y ambas sufrían con los problemas de la otra. Después, cruzaron sus miradas, sonrieron y llamaron al camarero.

Como suele ocurrir cuando empiezas a relajarte, se pusieron a hablar con el grupo de chicos y chicas de la mesa de al lado. Averiguaron que venían de visita a la ciudad, querían conocer la Navidad de Núremberg y ellas les señalaron en su mapa algunos sitios de interés que no debían perderse. El grupo estaba tan agradecido que las invitaron a algunas rondas más y todos acabaron la noche un poquito perjudicados.

Con todo, la noche acabó siendo estupenda.

## Resurgir de las Cenizas

Elke se despertó con algo de resaca. Ya se sabe, “noches alegres, mañanitas tristes”, se dijo. Bajó a desayunar algo contundente. No había nadie en la casa. Cuando terminó de tomarse el café, como no tenía que ir al puesto hasta el mediodía, decidió que se iría a dar un paseo por el parque para poder airearse y pensar. Llevaba todo el día anterior dando vueltas a una idea que no acababa de formarse y necesitaba dedicarle algo de tiempo.

Seguía dándole vueltas a su futuro, todavía no había compartido con sus padres sus dudas acerca de su futuro. Tampoco había podido hablar con su jefe de estudios para decirle que no quería seguir con sus prácticas. Y ahora... ¡Una inundación! Esto haría que su decisión fuese más difícil de tomar, pues sus padres no andarían sobrados de dinero. Nada más entrar en el parque empezó a nevar.

A Elke le encanta andar bajo la nieve. Cuando nieva es como si todo el mundo se detuviese, los sonidos se escuchan amortiguados, la naturaleza parece que tiene una capa de nata y los colores se ven más intensos contrastados con el blanco de la nieve. No recuerda cuánto tiempo estuvo andando, pero ya había dejado de nevar cuando se sentó en un banco.

Miró al cielo, había unas cuantas nubes, pero ya se podía ver entre ellas el cielo azul y algunos rayos de sol luchaban por traspasar las nubes y llegar a tierra. Miró a su alrededor, la mayoría de los árboles estaban desnudos. Cuando pasaba el viento a través, no hacía casi ruido. Unos pajaritos empezaron a cantar y revolotear alrededor de uno de ellos.

Elke se sentía relajada y su mente volvió a las pieles estropeadas. Pensaba que a lo mejor era imposible hacer nada con ellas que habría que tirarlas y se desalentaba. En ese momento, se acercaba andando un anciano con un abrigo rojo. Elke levantó la mirada y se lo encontró. “¡Vaya, una señal roja! ¿Qué me estás intentando decir mundo? ¿no tengo que tirar la toalla? ¿debo seguir buscando la solución?” se dijo a sí misma divertida.

La mente de Elke iba a mil por hora, redibujaba prendas en su cabeza e intentaba recordar algo de lo aprendido durante la carrera que pudiera resultarle útil. Buscaba una forma de reutilizar los restos no estropeados y la palabra “reutilizar” era la clave. Se puso a pensar en los demás puestos del mercado, en cómo arregló el traje de duendecilla de Edith y una idea empezó a fraguar en su cabeza. “A lo mejor con una pieza de las de mis padres en piel podría ser capaz de crear varias”, se dijo. Esta idea le hacía sentir algo mejor.

Empezaba a tener casi decidido cómo articular la “reutilización”. Entonces vio a lo lejos un perrito suelto que se dirigía directamente hacia ella. Es un corgi monísimo y culón que llevaba puesto un jerseyito verde. A Elke le hizo mucha gracia y se dispuso a recibirlo. El perro llegó meneando la cola y muy alegre, se dejó acariciar por ella y se le veía encantado.

Elke levantó la mirada y vio que llegaba medio corriendo el que se suponía que era el dueño del perrito, también vestido con un jersey verde.

—¡Perdón! ¿Te está molestando?

—Que va, es muy cariñoso. ¿Qué es? No soy muy buena con las razas —dijo Elke un poco azorada.

—Es un corgi y se llama Markus. Es muy raro que se deje acariciar por un extraño, le debes

caer bien —sonrió—, no te preocupes que ya me lo llevo.

—Esta correa que lleva al cuello, tiene un tacto muy extraño. ¿De qué es? —preguntó Elke con la correa entre sus dedos.

—Mosquea, ¿verdad? —dijo el dueño de Markus poniendo una mueca divertida—. Es una especie de piel sacada de la piña.

Elke no salía de su asombro, esa correa era suave al tacto, se parecía a la piel, pero se notaba que no lo era. Sabía que se estaba innovando mucho en cuanto a tejidos sostenibles y esto era una prueba de ello.

Ambos se quedaron mirando y se sonrieron. El dueño de Markus se despidió y siguió su camino con el simpático corgi siguiéndole.

Elke se quedó pensativa, “verde” ya estamos con las señales. ¿Y esa correa? Tengo que investigar más sobre este tejido, pues puede servir para utilizarlo en la fábrica de mis padres. En ese momento vio que Edith estaba casi llegando a su banco. “Vaya lugar más concurrido y yo que quería ordenar mis ideas”, pensó divertida.

Edith traía un vestido verde y medias verdes, vamos en verde de arriba abajo. A Elke le entró la risa. “Que sí, que sí, que ya me he enterado, “reutilizar”, “reciclar” por ahí tengo que ir, ¿no? ¡Vale, universo, vale!”

Cuando Edith se sienta a su lado, Elke le contó el germen de su idea. A Edith le pareció estupendo y la animó a seguir adelante. Ambas dejaron el banco atrás y fueron a tomarse un chocolate caliente para continuar con la charla.

Antes de ir al mercado, Elke se pasó por casa a echar un vistazo a las prendas rescatadas, sus formas, el número de piezas, los colores, etc... Una vez en el mercado, se paseó por todos los puestos y empezó a ver cosas que podrían combinar adecuadamente con esos restos. ¡Ya tenía un plan! Así que se dirigió al puesto a hablar con sus padres.

—Se me ha ocurrido una idea para aprovechar esas piezas que se están secando en casa.

Ambos la miraron con expectación.

—¡Cuenta!

Elke sacó una bufanda y una pashmina que se había traído de los otros puestos.

—He pensado que podemos hacer una cooperación con otros puestos del mercado, es decir, elegir algunas de las prendas que venden y yo las reformo y decoro con los restos en buen estado de nuestros productos. ¡Mirad el efecto! —Elke cogió una pieza que tenían a la venta y la colocó adornando el gorro de lana— ¿A que queda fenomenal?

—¿Eso no es muy pequeño? ¿Qué tipo de ropa sería? —su padre todavía no veía qué estaba queriendo enseñar Elke.

—¡Ah! ¡Perdón! Jajajajajaja —contestó Elke divertida—. Que no os he explicado que esto sería ropita para mascotas. Como lo que puedo reaprovechar son piezas pequeñas, he pensado en hacer jersiecitos y ropita invernal para mascotas. ¿Qué os parece?

Sus padres la miraban un poco confusos.

—¿Cuánto nos va a costar? Porque no tenemos nada para invertir en este momento —dijo su padre un poco compungido.

—No lo sé, me gustaría poder hacer un trato con algunos de los dueños de los puestos que más conocemos y ver si podemos colaborar de alguna forma.

—Va a ser extraño pues nunca nos hemos dedicado a ese tipo de prendas, pero por probar... ¡Vale! ¡Inténtalo! ¿Pero lo vas a coser todo tú? ¡Entonces no podrás ayudarnos en el puesto! —dijo su madre.

—También he pensado en eso. Son prendas muy pequeñas, se tarda poquito en cada una. He

pensado que, hasta crear todas las piezas posibles, podría hacer los turnos menos concurridos en el puesto y traer la máquina de coser aquí. De esta forma puedo atender cuando haya gente y cuando no, voy cosiendo. ¿Qué os parece? —De repente Elke estaba entusiasmada.

Sus padres aceptaron, a modo de prueba. Además, primero tenían que llegar a algún tipo de colaboración con los dueños de los otros puestos para que fuese viable.

Después de tantos años, la familia de Elke conocía a casi todos los dueños de los puestos del mercado. Cuando se enteraron de la catástrofe, la mayoría se ofrecieron a ayudar. Al final, consiguieron llegar a un rápido acuerdo beneficioso para todas las partes. Elke recorrió los puestos, eligiendo las prendas que le irían bien: gorros de lana, vestidos sin forma, jerséis, bufandas... Se lo llevó todo a casa y empezó a probar cómo colocar los restos de las pieles. Elke se sentía como flotando por la habitación, iba de un lado a otro, probando, sujetando con alfileres, guardando,... Hacía mucho que no se sentía tan útil, tan viva ...

“El caso es que no tengo un maniquí”, pensó. Así que se puso a indagar por internet para saber qué medidas son las más comunes en este tipo de prendas. ¡Ojalá me topase de nuevo con Markus! Pensó.

Al día siguiente, acudió hacia el mercado con la primera remesa de prendas para coser. Al final de la mañana ya tenía muchas de ellas preparadas para la venta. El resultado fue una serie de diseños para mascotas que parecían sacados de un *atelier*. Sus padres se quedaron maravillados, a la vez que un poco asustados, pues no tenían muy claro que esas prendas se ajustasen a su perfil de público. Después de mucho darle vueltas, decidieron disponer una zona en un lateral del puesto, para colocar estas nuevas piezas.

Elke estaba pletórica porque iba a vender sus primeras creaciones. Empezó a pensar que a lo mejor de ahí podía salir un plan B para su carrera profesional. Con la mirada perdida en la gente del mercado se tropezó con Markus, el corgi. Vio como dueño y perro estaban paseando por los puestos. Elke intentó llamarles, pero no consiguió atraer su atención. Se quedó mirándolos y se percató de que el dueño no estaba nada mal. Se le dibujó una sonrisa en la cara.

En ese momento se empezaron a escuchar los cantos del coro, que comenzaba su actuación en el escenario, como parte de los festejos programados para cada día de mercado. La melodía era preciosa y le aportaba a Elke mucha paz y espíritu navideño.

## Pánico en el Mercado

Las nuevas piezas creadas por Elke ya estaban a la venta. Sus precios eran más bajos que los que tenían las piezas que vendían sus padres, pero para compensarlo había bastante cantidad. Si se vende todo, al final la pérdida no habrá sido tan alta.

Elke se esmeró en la colocación de cada prenda en la mesa y en perchitas, para que se apreciaran mejor los detalles de cada una. Estas eran sus primeras creaciones hechas sin supervisión, un gran paso en su carrera que la hacía sentirse muy orgullosa. Una vez que acabó de colocarlo todo, admiró su trabajo y se sintió feliz. El puesto ha quedado muy bonito. Ahora, solo tenía que esperar a que llegasen los clientes.

En ese momento comenzó a nevar. Menos mal que no era lluvia, porque eso provocaba que los visitantes del mercado se fueran a casa. La nieve era más aguantable mientras se paseaba por los puestos. Las casetas empezaban a acumular nieve y la estampa parecía sacada de un belén navideño de cualquier casa.

Elke vio que se acercaban los primeros clientes a su zona del puesto y se tensó un poquito. Echaron un vistazo y pasaron de largo hacia la parte donde estaba su padre, a quien acabaron comprando. Elke se autoconvenció de que esos no sean sus clientes potenciales, porque no llevan mascotas. Al acabar el día, su padre ha vendido lo previsto y ella nada de nada.

Las nuevas creaciones llevaban a la venta dos días y todavía Elke no se había estrenado. Empezó a desesperarse y se preguntó si habría hecho algo mal. A lo mejor debería quitar ese género y dejar que sus padres lo rellenasen con el suyo. En ese momento apareció en su campo de visión un niño de unos 6 años con una enorme piruleta roja. Además, el niño llevaba un abrigo rojo chillón y debajo un jersey rojo con la cara de Papá Noel en el pecho. Elke no le prestó mucha atención pues estaba muy ocupada lamentándose.

Volvió a caer la nieve sobre los puestos del mercado de navidad de Núremberg y el ambiente se amortiguó, al chocar los sonidos con el manto blanco que empezaba a formarse. En quince minutos saldría a escena el Nikolaus por encima de las cabezas de los visitantes del mercado.

Se podían apreciar las luces que decoraban la plaza. Los puestos ya habían encendido sus luces, que y se reflejan en sus productos. La gente iba de un puesto a otro con los ojos brillantes y disfrutando de cada uno de ellos. Los niños llevaban sus chuches en la mano mientras que los adultos sostenían un vino caliente de su sabor favorito.

Se anunció por megafonía se anunciaba la inminente salida del Nikolaus, que luego atendería a todos los niños que quisieran confiarle sus deseos de Navidad. Hans y Edith ya estaban listos, subiendo por la escalinata, camino del trineo. Cada uno se acomodó en su sitio. En ese momento, se escuchó “Santa Claus is coming to town” por la megafonía y el trineo comenzó su andadura con sus ocupantes dentro. La algarabía estalló en el mercado. Todos los niños chillaban mirando al cielo. Edith comenzó a lanzar bastoncillos de caramelo y la alegría y el espíritu navideño se apoderaron del mercado.

Elke estaba viendo el espectáculo desde su puesto y sonrió al ver a Edith y a su abuelo allí arriba. En ese momento, el trineo se paró en seco y comenzó a descarrilar del cable. Elke sintió un pánico repentino.

Edith, después de notar un fuerte golpe, miró arriba, hacía su abuelo y vio que éste le señalaba uno de los raíles del trineo. Parece ser que con la nieve y el viento se había salido de su sitio, algo que puede ocurrir ¿qué? ¿una vez en la vida? Pues les había pasado. Pero no se alarmaron. Sabían perfectamente qué había que hacer, solo que ese día era un poco más complicado, por el viento.

Edith no se lo pensó dos veces y se dispuso a trepar por la barra que unía su nubecilla al trineo. Con la ayuda de su abuelo, consiguió encajar el trineo en el rail de nuevo y continuar su recorrido hasta el final del cable. El público saltó en vítores y aplaudió con fuerza cuando vio llegar al Nikolaus sano y salvo al otro lado del mercado.

Una vez finalizada la actuación, Hans abrazó a su nieta diciéndole que estaba muy orgulloso de ella y de su rápida capacidad de reacción. Edith se había sentido muy viva por haber podido poner en práctica, una vez más, sus dotes de trapecista y salvar la situación. Menos mal que todo había quedado en un susto.

Elke había seguido el percance muy nerviosa, en cuanto vio que estaban a salvo salió corriendo de su puesto para encontrarse con su amiga. Sabía de las habilidades de Edith, pero aun así estaba preocupada por ellos. En cuanto se la encontró de frente, la abrazó fuertemente y la avasalló a preguntas.

—Tranquila, por fortuna, no ha pasado nada grave. Estoy bien, estamos bien —dijo Edith mirando fijamente a su amiga y con la voz calmada para tranquilizarla.

—¡Uf! Tenía el corazón en un puño.

—Pues no te preocupes que todo ha quedado en un pequeño susto —dijo volviendo a abrazar a su amiga—. Yo estoy tranquila así que no te preocupes. Lo siento, pero ahora debemos ir al escenario a que mi abuelo reciba a los niños que se han ya puesto en cola.

Se despidieron con otro gran abrazo prometiendo verse pronto. Elke se encaminó de vuelta a su puesto. Lo había dejado empantanado, menos mal que su padre andaba por allí. Al llegar, le informó de que no les había pasado nada y todo volvió a la normalidad.

Elke estaba colocando unas pendas de su puesto ensimismada, ya más recuperada del susto que se había dado. En ese momento, notó que algo le rozaba la pantorrilla y al bajar la mirada vio a Markus que se había tumbado patas arriba a su lado.

—¡Hola Markus! ¿Qué tal estas, guapo? ¡Mmmm! Me gusta tu jersiecito de hoy, síiii, qué guapo eres. ¿Te gusta? ¿eh? —dijo Elke, rascándole la barriguita y la orejita al perro y sin percatarse de que el dueño estaba observando la escena, divertido.

—Veo que Markus se ha hecho tu amigo y me ha dejado al margen —dijo.

—¡Uy! Perdona —sonrió Elke—, no me había dado cuenta de que venías detrás, claro, qué tonta. —el rubor subió por sus mejillas.

—Creo que ya es hora de presentarnos. Me llamo Christian Weber —dijo estrechando la mano.

—Yo me llamo Elke Schneider —el rubor iba en aumento. ¡Mierda! pensó, y le tendió la suya.

—¿Has visto lo que le ha pasado al Nikolaus? Ha sido digno de un número de circo.

—Sí, son mis amigos y me he inquietado un poco por ellos, aunque, la verdad, no sé por qué, pues son trapecistas profesionales.

—¡Ah! Les conoces. Pues debo decir que le han dado un toque dramático a la salida del Nikolaus —dijo Christian sonriendo—. Menos mal que todo acabó bien. ¡Anda! ¿Trabajas en este puesto? —Dijo mirando a su alrededor.

—Es el puesto de mi familia. Por cierto, la verdad es que me vienes muy bien —dijo Elke muy contenta—. He creado estas prendas para mascotas y las he tenido que hacer a ojo. ¿Te importa si le pruebo alguna a Markus?

—¿Todo esto lo has creado tú? Claro, no hay problema. Mira: si está esperando que le hagas caso. Es muy coqueto. —dijo Christian pasando el perrito a Elke—. Mientras, voy a echar un vistazo ¡Qué prendas más originales!

—Gracias. Me alegra que te guste. Sí, he creado todas estas piezas reutilizando restos de las pieles que venden mis padres y piezas en lana que he encontrado en este mercado. A ver, Markus, qué tal te queda este jersey navideño —dijo Elke manipulando las patitas del corgi.

—¡Oye! Le queda fenomenal. Me gusta mucho. Creo que se lo voy a comprar. Míralo: si lo está desfilando y todo—dijo un Christian divertido.

Ahí estaba el corgi, todo orgulloso. Sabía que era el centro de atención y le gustaba.

Al ver que Christian le iba a comprar la prenda, a Elke se le abrieron los ojos como platos. ¡Iba a ser su primera venta! No se lo podía creer.

—¿De verdad te gusta? No tienes obligación de comprar. Yo sólo quería saber si las tallas daban bien de sí. ¡Qué ilusión! Antes de irte... ¿Me dejas probarle alguna prenda más?

—¡Claro! No hay problema. Pero ese primero me lo llevo y no porque le caigas bien a Markus —dijo Christian guiñando un ojo.

Elke le probó todas las prendas con las que tenía dudas. En algunas, señaló zonas con alfileres para reformarlas en otro momento. Al terminar, se puso a envolver la prenda que iba a comprar Christian y le miró de reojo o más bien le hizo un repaso disimulado, mientras éste acariciaba a Markus. Pelo rubio pajizo, ojos verdes con motitas, alto, esbelto y con clase. Iba vestido en plan casual, pero con un toque elegante. Le gustaba lo que veía.

Christian, por su parte también, miró de reojo a Elke. Tenía una curiosa cara con un halo risueño. En el centro resaltaba una gran boca rodeada de unos labios carnosos y como colofón tenía unos grandes ojos oscuros y muy expresivos. Debajo del abrigo no se podía apreciar su silueta, pero prometía, se dijo.

Christian se dispuso a pagar. Mientras Elke manipulaba la tarjeta, él barrió con la mirada el contenido del puesto y se dio cuenta de que todas las prendas eran muy especiales.

—Le voy a decir a mi hermana que se pase por aquí. Ella tiene dos chihuahuas y estoy seguro de que le va a encantar saber que hay un *atelier* de moda para mascotas en el mercado.

—¡Oh! Muchas gracias. Me alegra que te parezca un *atelier* —dijo Elke ruborizándose por el piropo.

Christian se quedó sorprendido. Esas piezas parecían de coleccionista, los apliques en piel estaban colocados de una forma muy original, muy diferente a lo que se veía por ahí para mascotas. Siempre que quería comprar algo original a Markus, lo hacía en una tiendecita muy cuca de Viena, aunque no era algo que hiciese frecuentemente. ¿Su hermana? Ella sí que tenía toda una colección por estaciones. Tenía dos hijos pequeños, pero sus perritos eran su debilidad.

—Esto... a lo mejor te parece demasiado repentino, pero ya que es la segunda vez que Markus se deja acariciar por ti y ahora va a ser cliente asiduo —puso una sonrisa pícaro—. ¿Te apetece que vayamos a tomar una cerveza cuando acabes? —dijo poniendo su mejor cara de inocente. No tenía muy claro qué estaba haciendo. Se estaba dejando llevar por la agradable sensación que le proporcionaba estar al lado de esa chica. Una chica con la que había coincidido dos veces y no podía remediarlo, necesitaba prolongar esa situación y conocerla más.

—Me queda un rato para cerrar. ¿Te apetece volver en una hora y nos vamos juntos? —propuso Elke gratamente sorprendida. Hablar de Edith

—¡Genial! En una hora estoy de vuelta. ¡Vamos Markus! Dile adiós a Elke y sigamos nuestro paseo.

Elke vio cómo se alejaban. Estaba pletórica porque, por fin, había podido probar sus

creaciones en una mascota real y encima habían despertado el interés de alguien, lo suficientemente como para que le comprase su primera pieza. Y ese alguien le atraía inexplicablemente, aunque sólo se hubiesen visto dos veces.



## Dudas

Elke se despertó con una sonrisa en los labios. Había dormido como nunca y estaba muy relajada. No se acordaba de los problemas creados por la inundación, ni del incidente del trineo, ni de si sus creaciones se vendían o no para ayudar a sus padres. Se lo había pasado fenomenal con Christian, tanto que habían vuelto a quedar.

La noche anterior, Christian había vuelto al cabo de una hora y sin Markus, para no condicionar el lugar a dónde ir. Pararon en el puesto favorito de Elke a tomar algo; un vino caliente ella y una cerveza él. El puesto estaba animado como de costumbre y Christian se sorprendió del gran ambiente que reinaba a esa hora. Acabaron comiendo a medias una de sus megas *buletten* con una ración de *rösti* y cantando villancicos, acompañados de los músicos que tocaban ese día y del resto de los clientes, por supuesto. Después, se fueron a un bar de una de las calles que discurren a orillas del río *Pegnitz*, que divide Núremberg, buscando algo más de tranquilidad para poder charlar un rato.

Entonces, Christian le contó que sólo hacia 8 meses que vivía en Núremberg. Posee, junto a un socio, una empresa que ofrece inversiones en energías renovables, con sede en Viena, que es donde vivía normalmente. Habían encontrado un nuevo socio y con él estaban abriendo una sucursal en Núremberg. Por eso estaba Christian pasando unos meses allí, para ayudar a poner en marcha la nueva oficina en marcha. “Cuando compruebe que todo va bien, volveré a Viena, aunque seguiré pasándome por Núremberg de vez en cuando para controlar cómo va el negocio y resolver posibles problemas o dudas del nuevo socio” le contó a Elke.

Lo bueno es que hace ya unos años que su hermana vivía en Núremberg, así que ahora se veían muy a menudo y estaba encantado. Juntos habían decidido que ese año, sus padres viniesen a pasar la navidad, todos juntos.

Elke también le contó un poco de su vida, sobre sus estudios de diseño de moda en Hamburgo. Le encantó explicarle sobre la tradición familiar de fabricar piezas en piel. Le explicó que todos los años ponen el mismo puesto en el mercado de Navidad y ella, antes de irse a estudiar fuera, ayudaba a sus padres en los días de mercado. Al final, acabó contándole hasta sus dudas sobre su futuro después de los estudios y que este año le estaba costando ayudar a sus padres a vender sus creaciones en piel de animal. Ya no se sentía cómoda comercializando esa clase de tejido.

—Te entiendo. Desde que me puse al día con las diferentes energías renovables para mi negocio, veo de otra forma las energías que utilizamos normalmente. Supongo que te habrá pasado lo mismo. Cuando empezaste a indagar en tejidos, te habrás topado con la nueva generación de materiales sostenibles y te habrá dado qué pensar —dijo Christian en este punto.

—Exacto. Lo que me fastidia es que en la empresa donde hago las prácticas, no los tienen en cuenta, sólo piensan en el dinero y en sacar el máximo provecho. Los nuevos tejidos, de momento, son más complicados de conseguir y tienen otras dificultades que, según ellos, no tienen tiempo de investigar, pues hay que cumplir unos plazos de entrega. Esto es lo que me está desencantando del sector. Por eso, el otro día cuando vi la correa de Markus, me quedé maravillada de lo que se puede hacer ya con una piña. ¿Sabes algo más de ese tejido?

—No mucho, la verdad, pero te puedo poner en contacto con la persona que me vendió el

collar. Es un amigo que se dedica a descubrir y crear tejidos sostenibles y ecológicos, seguro que te puede ayudar con tus preguntas.

—¡Claro que quiero! ¿Harías eso por mí?

—¡Qué tontería! Pues claro, mira, vamos a enviarle un mensaje ahora mismo para ver cuándo podríais hablar del tema. Espera. Ya está. Mientras tanto, toma, copia su número, se llama Helmut.

En ese momento se oyó un pitido en el móvil de Christian. Era Helmut contestando al mensaje.

—Genial. Dice que esta noche está liado pero que mañana le digamos una hora y nos podríamos conectar por videoconferencia. ¿Qué te parece?

Elke se puso un poco nerviosa. En ese momento no sabía de qué quería hablar con Helmut, pero sabía que debía hacerlo.

—¡Estupendo! —dijo no muy convencida—. Mañana tengo turno de tarde en el mercado así que pregúntale si podemos quedar por la mañana.

—¡Hecho! Yo mañana podría estar contigo. Así os presento y no te sientes tan cohibida, ¿qué te parece? —dijo Christian, al tiempo que volvía a sonar un pitido en su móvil, señal de que llegaba un mensaje—. Dice Helmut que si nos viene bien a la 12 del mediodía. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto —contestó Elke y se quedó pensando que así tenía unas horas para prepararse sus dudas.

El resto de la noche fue muy agradable. Al final de la misma, Christian la acompañó hasta casa y acordaron que al día siguiente él pasaría por allí para conectarse juntos. Elke estaba un poco sorprendida de lo fácil que le había resultado congeniar y contarle a Christian tantas cosas de su vida, ¡pero si hasta le había contado cosas que todavía no sabían ni sus padres! Al separarse, notó un pequeño pinchazo en sus entrañas, como si su cuerpo no quisiera despedirse de esa sensación de bienestar que le creaba estar con él.

Elke volvió a la realidad. Se miró en el espejo y le gustó su reflejo. A pesar de todas sus dudas y problemas, se notó relajada. Suspiró, se vistió y bajó a desayunar.

En el comedor no había nadie. Mira el reloj pensando que había bajado demasiado tarde pero no, era la hora de siempre, se quedó un poco extrañada y llama a su madre por teléfono.

—Hola Elke, dime —contestó Petra.

—¿Dónde estáis? Pensé que andaríais por casa.

—Estamos en el almacén, que hoy venía el perito para dar el parte ¿recuerdas?

—¡Ah! Lo siento, se me había olvidado. ¿El turno del puesto está cubierto o tengo que abrir yo?

—Tranquila, tú ve a tu hora que el puesto está atendido. Si quieres pasarte por aquí para enterarte de lo que dice el perito, estaremos un rato más. Si no, ya nos vemos en el mercado.

—Creo que ya me lo contaréis cuando nos veamos, ahora voy a desayunar.

—Luego nos vemos, entonces. Un beso, hija.

—Un beso, mamá.

Elke colgó y comenzó a prepararse el desayuno. En esas estaba cuando sonó el teléfono. Miró la pantalla y el número entrante era de la empresa donde hacía las prácticas. No le apetecía nada contestar, así que lo dejó sonar hasta que saltó el contestador. Al terminar su desayuno, escuchó el mensaje que habían dejado.

“Buenos días, Elke, soy Gertrude, el señor Mayer quiere que vuelvas cuanto antes a Hamburgo, pues ha surgido algo y necesita que te encargues tú personalmente”. Decía el mensaje de su contestador.

Elke puso cara de fastidio. Después de todo lo que había luchado para que le dejaran esos días libres en la empresa, ahora salían con esas. Antes de contestar a ese mensaje, decidió llamar a su

jefe de estudios para preguntarle si su empresa de prácticas podía obligarle a volver. Ella no estaba dispuesta a dejar a sus padres en la estacada. El jefe de estudios le dijo que no podían obligarle, pero claro, que serían puntos a su favor si lo que quería era optar al puesto que ofrecían.

Después de eso, Elke decidió que de momento no iba a contestar a la llamada de Gertrude. Necesitaba tiempo para pensar y decidirse. Además, esa mañana iba a recibir a Christian y juntos iban a hablar con Helmut. No sabía qué iba a salir de ahí, pero le emocionaba la idea.

## Una puerta se cierra y otra ...

Llegó la hora acordada y Christian llamó a la puerta. Elke le abrió y se instaló un pequeño e incómodo silencio entre ambos. Estaban solos en casa de Elke y ambos no sabían muy bien cómo comportarse. Flashes de la noche pasada se aparecían en la mente de cada uno y por ello ambos se miraban y se sonreían, pero sin atreverse a decir la primera palabra.

—Perdona —dijo Elke en cuanto se repuso de la primera visión de un Christian impecable—. Por favor, entra. ¿Quieres un café o alguna cosa?

—No gracias o bueno, sí, un vaso de agua, por favor. —Dijo un confundido Christian. No entendía por qué le costaba tanto coger confianza cuando volvían a verse. Entonces sonó su móvil, allí estaba Helmut. Christian contestó y conectó la videollamada.

Llegó Elke y sugirió poner el móvil apoyado en un trípode que tenía para esas ocasiones y empezaron las presentaciones.

—Helmut te presento a Elke. Ella es de aquí, de Núremberg, y acabo de conocerla. Sus padres tienen un negocio familiar y ella les ayuda de vez en cuando. Fabrican prendas de piel que venden en el mercado navideño. —contó Christian a modo de presentación.

—Encantada. —Dijo Elke

—Hola, encantado. Pues aquí estoy, ¿en qué puedo ayudarte?

Entonces Elke cogió aire y comenzó a explicarle que estaba estudiando diseño y moda en Hamburgo, cosa que le gustaba mucho ya que desde pequeña había estado creado prendas en la fábrica de sus padres. También le contó sobre las prácticas que debía hacer para acabar con el último curso y que estaba desarrollando en una empresa de diseños de moda de Hamburgo. Le contó que ella había sugerido en muchas ocasiones que utilizaran tejidos alternativos, pero en esa empresa no se tomaban en serio los tejidos sostenibles. No estaban dispuestos a innovar, por no perder el tiempo probando los tejidos nuevos. Ellos sólo pensaban en plazos y en el precio lo que resultaba desalentador.

Después le explicó lo que sintió cuando descubrió y tocó el collar de Markus. Le gustó tanto que quería indagar más sobre este tipo de tejidos y por eso Christian le sugirió hablar con él.

—Sí, la piel de piña es con la que primero se experimentó y ahora se está poniendo muy de moda porque el tacto es tan parecido, que la gente no cree que sea piel vegetal. —Le dijo Helmut sonriendo—. Yo soy distribuidor de tejidos alternativos. La verdad es que hay algunos materiales que son más fáciles de conseguir que otros. Yo trato directamente con los distribuidores para Alemania y me considero un seguidor —calló y sonrió—. Quiero decir que, por ejemplo, si alguien necesita un tipo de tejido concreto que yo todavía no tengo, busco entre mis contactos y siempre acabo encontrándolo.

Elke sonrió y le gustó mucho el entusiasmo de Helmut cuando hablaba de su empresa.

Helmut siguió comentando que sus oficinas estaban en Viena, pero que trabajaba con colaboradores repartidos por toda Alemania y Austria.

Estuvieron hablando un buen rato. Elke estaba fascinada escuchando a Helmut y parecía que ella también le había caído en gracia. Christian se percató de ello, los escuchaba y sonreía, pero no hacía comentarios. Se había dado cuenta de que se estaba forjando algo y no quería romper la

magia que se estaba creando.

—Si quieres, después de Navidad puedes venir a visitar mis oficinas. Tengo un showroom con todos los tejidos donde puedes experimentar con ellos. Si te gusta alguna de las muestras, te la puedo dejar para hacer pruebas.

Elke cada vez estaba más entusiasmada y se le notaba.

—Se me ha ocurrido que podría utilizarla para hacer ropa de mascotas y así hacerme una idea de su flexibilidad y durabilidad. Le podría hacer algo a Markus —dijo mirando a Christian con los ojos emocionados por la idea.

Christian asintió con la cabeza sonriendo. Se daba cuenta de la emoción de la chica y le gustaba verla tan viva.

—Me parece buena idea. Tengo una sala que llamo “El laboratorio”. Se suponía que era para hacer ese tipo de pruebas, pero con tanto trabajo no he tenido tiempo de ponerlo en marcha. Es más, se me está ocurriendo una idea... Acabas de decir que tus prácticas no te están gustando mucho... ¿Qué te parece terminar las prácticas en mi empresa? Me encantaría que me ayudases a montar el laboratorio, desarrollando los procedimientos necesarios para probar los diferentes tejidos. Estoy seguro de que, si puedo aportar más ideas a mis clientes sobre los diferentes usos de cada tejido que comercializo, sería un buen punto diferenciador respecto a mis competidores. ¿Qué te parece?

Elke abrió los ojos hasta donde no se podía más. Se llevó las manos a la cara y se contuvo para no dar un chillido, que es lo que en realidad más le apetecía.

—Me encantaría. Pero me acabas de conocer y aunque es como si me hubieses leído la mente ¿no te parece que deberíamos conocernos en persona primero?

—No sé, me estoy dejando llevar y mi instinto me dice que no me estoy equivocando, además si vienes de parte de Christian, no hay mucho más que decir... —Contestó Helmut

—Pues acepto encantada. Voy a hablar hoy mismo con mi jefe de estudios para que me cuente qué necesitamos para hacer el cambio—dijo Elke conteniendo su alegría todo lo que pudo.

—¡Estupendo! Como hemos quedado para después de Navidad, tienes tiempo para hablarlo y ya me vas contando. ¿Qué te parece si nos vemos aquí en Viena el 28 de diciembre? Visitas las instalaciones, hablamos de si te dejan o no hacer las prácticas y ya hacemos planes para comenzar en Enero.

—Por mí, perfecto.

—Supongo que Christian ya te ha dado mi número, ¿verdad? Así me puedes enviar un mensaje para confirmar cuándo vienes o si hay que adelantar algún papeleo.

—Sí, sí, tengo tu número. Muchísimas gracias por la oportunidad, Helmut.

—Gracias a ti, por fin pondré en marcha el Laboratorio. Estoy encantado y seguro que nos vamos a divertir. Que pases unas buenas fiestas, Elke, nos vemos el 28.

—Feliz Navidad, Helmut. Nos vemos el 28.

Y la pantalla se quedó en negro.

Elke se llevó las manos a la cabeza, no cabía en sí de alegría, miró a Christian con tal emoción que se le estaban saltando las lágrimas.

—Gracias. En unos minutos has cambiado el rumbo de mi vida. Ahora ya tengo un plan, un magnifico plan B y sé por dónde ir y como empezarlo. Todo gracias a tu idea de hablar con Helmut.

—Yo no he hecho nada, Elke, ha sido tu entusiasmo lo que le ha dado a él la confianza de ofrecerte esas prácticas y si os lleváis bien, yo creo que va a salir una gran alianza.

Elke y Christian se fundieron en un abrazo. Ella se sentía muy protegida en sus brazos, como si

estuviese en el sitio correcto. A Christian, por su lado, le gustaba el calor de su cuerpo contra el suyo, le despertaba instintos de protección que nunca había experimentado antes. Estaba encantado y algo confuso.

—¡Uf! ¡Qué tarde es ya! Tengo que irme hacia el mercado. ¿Vas hacia el centro? ¿Me llevas?  
—dijo Elke al separarse del abrazo.

—Sí, claro que te llevo ¡Vamos!

Christian la dejó cerca del mercado, él debía pasarse por las oficinas para una reunión.

—¿Nos vemos luego? —Le preguntó conteniendo la respiración pues quería volver a verla.

Elke sonrió y le dijo que por supuesto, que se pasase a última hora por el puesto y ya se inventarían algo que hacer. Y se despidieron.

De camino hacia el puesto, Elke empezó a pensar en las repercusiones de mudarse de Hamburgo a Viena. Primero, debía buscar nuevo piso y avisar a su casera de que la dejaba a mitad de curso. Ese piso era muy céntrico, nuevo y super barato. Su compañera/casera no le cobraba la mitad sino una tercera parte, decía que no necesitaba más. No creía que iba a ser tan fácil de encontrar algo tan barato y adecuado en Viena. Se deprimió un poco y eso oscureció la alegría que en un principio había experimentado.

Al encontrarse con sus padres tuvo que armarse de valor para no contarles las nuevas noticias y sus preocupaciones. Tenía claro que la opinión del perito y la posible indemnización era mucho más importante que sus desvaríos y debía darles prioridad. Sus padres tenían una cara indescifrable, cuando los vio a lo lejos.

—Bueno y ¿qué ha pasado? ¿Habrà indemnización? —Preguntó Elke impaciente.

—Sí, sí que habrá, pero para cubrir la mitad de los daños, únicamente. Aunque, algo es algo ¿verdad Petra? —Klaus siempre encontraba la parte positiva de todo y en esta ocasión no iba a ser menos.

La madre de Elke no estaba tan risueña. Habían planeado realizar un gran viaje con parte de los beneficios de ese año y ver como se esfumaba, le había dado mucha rabia. Aun así, debía reconocer que no perder dinero era mucho más importante. “Qué sabia es la vida, cuando ve que te vas a desviar del camino, te encarrila” pensó. Se había dado cuenta de que estaba dando más importancia a un viaje que a su bienestar económico y en ese momento sonrió.

—¡Claro que sí, Klaus! Lo importante es que esa indemnización nos ayudará a no sufrir apreturas económicas el año que viene, cuando queramos fabricar la nueva remesa de productos. ¡Es genial! Además, tenemos los diseños para mascotas de Elke, que cuando se vendan, nos ayudarán a conseguir beneficios, como cualquier otro año. —En realidad, Petra lo dijo para animar a Elke, pues la veía un poco preocupada. No pensaba que podía causar el efecto contrario.

Un intenso nubarrón de chubascos se posó en la cabeza de Elke. Sus hombros, de repente, sintieron una pesada carga. Ahora se sentía con una nueva obligación que añadía más estrés al que ya llevaba encima. Sus padres se acercaron a ella y se dieron un gran abrazo en grupo, que reconfortó a todos.

Al terminar esa tarde, Elke no había conseguido vender ninguna de sus creaciones. Sus hombros cada vez soportaban más peso. Cuando veía que se acercaba un cliente, miraba sus piezas por encima y se iba directamente al puesto donde estaban sus padres, se le encogía el estómago. Quería vender sus piezas, lo necesitaba, era lo que le daría fuerzas para poder sincerarse con sus padres y decirles que no quería ese trabajo en prácticas y que necesitaría una ayudita para poder empezar sus nuevas prácticas.

Se sentía algo abatida, así que llamó a Edith para charlar un rato y desahogarse antes de encontrarse con Christian de nuevo. No era plan de agobiarlo de nuevo con sus problemas.

—Lo siento Elke, me pillas vistiéndome de duendecilla.

—¡Anda! No había visto la hora. Perdona. ¿Tienes solo cinco minutos?

—Para ti, sí, pero te cortaré cuando me den la señal para salir, ¿vale?

—Genial.

Y le hizo un resumen corto de todo lo que le preocupaba. Que iba a dejar sus prácticas y las iba a intentar cambiar por otras en otra ciudad, que eso costaría algo más de dinero. Y también que había conocido a alguien estupendo. Aunque fue rápido, consiguió lo que se proponía, que era desahogarse. Así que estaba contenta.

—Tal y como yo lo veo, creo que estás haciendo una montaña de un granito de arena. No todo es tan terrible como lo piensas. Te aconsejo que hables con tus padres de tus preocupaciones y verás cómo te sienta fenomenal. Sobre ese Christian, me tienes que contar todo, todo, todo. Lo siento, tengo que irme. ¿Hablamos luego? —dijo Edith y colgó.

Al colgar, Elke se encontraba algo mejor. Expulsar sus inquietudes parecía que le hacía bien. Notó que alguien estaba cerca de ella y se sobresaltó al ver a su padre mirándola.

—¿Me vas a contar qué te pasa?

—No quiero añadir más problemas a los que ya tenéis.

—No sé si te has enterado, pero tú eres mi hija. Por lo tanto, eres mi problema. Venga, cuéntame qué ocurre.

Y Elke al final, se desahogó con quien debía hacerlo, su familia. Su padre escuchó sin interrumpirla hasta el final, cuando ella acabó diciendo:

—Y encima no vendo nada de mi puesto. Yo que quería ayudaros con las pérdidas causadas por la inundación.

—Primero de todo, tú no tienes la culpa de la inundación. Si se pueden recuperar las pérdidas, serán bienvenidas, pero eso ya lo damos por perdido. No eres la responsable de ello. Segundo, si no te gusta tu trabajo, no tienes por qué aguantarlo sólo por no causar más gastos a la familia. Todavía estás estudiando y tienes que buscar tu camino. Además, deberías estar encantada de que te ha salido una alternativa casi sin proponértelo. Afortunadamente, no estamos tan mal de dinero como para no poder ayudarte unos meses en Viena hasta ver cómo te apañas allí. Y tercero, tu colección de prendas para mascotas, es un producto muy diferente a lo que normalmente vendemos, así que es normal que nuestros clientes no sean los tuyos. Ten paciencia, en cuanto la gente se dé cuenta de lo que vendes, seguro que empiezan las ventas.

Esta conversación rebajó el nivel de estrés que tenía Elke hasta entonces. Abrazó a su padre y le dio las gracias por su apoyo.

—Entonces, ¿tú crees que se venderá algo? Porque he estado pensando en quitar mis cosas y llenar ese espacio con más producto vuestro.

—Vamos a aguantar unos días más. Si para el viernes sigues pensando lo mismo, lo cambiamos. ¿Qué te parece?

—Gracias papá.

Se dieron otro abrazo para zanjar el tema.

Elke alzó la vista y vio acercarse a Markus tirando de Christian. Su cara se iluminó y sonrió. Su padre, que en ese momento estaba colocando la mercancía desde fuera del puesto, lo vio llegar y fue testigo del cambio que experimentó su niña. Klaus se quedó intrigando preguntándose quién era esa persona que encendía la luz de su querida hija.

—Hola ¿He llegado demasiado pronto? —Dijo Christian al llegar.

—Un poquito, la verdad. Espera que veo si puedo acabar por hoy. —dijo Elke sonriendo.

Su padre que estaba escuchando, le dijo que no pasaba nada que ya cerraba él con Anita, la

chica que estaba cubriendo a Petra.

—Muchas gracias Papá, te debo una —dijo una Elke pletórica y fue a por su abrigo.

Mientras ella recogía sus cosas dentro del puesto, Christian se sintió un poco incómodo y se presentó.

—Buenas tardes, señor, me llamo Christian, soy amigo de Elke.

—Encantado Christian, soy Klaus, el padre de Elke. ¿De qué os conocéis?

—¡Ah! La culpa la tiene Markus —dijo Christian sonriendo y señalando al perro.

Klaus alzó una ceja, incrédulo, pero no le dio tiempo a mucho más. En ese momento Elke salió de detrás del puesto y se despidió de él con un sonoro beso y diciendo:

—Veo que ya os habéis presentado. Ya te contaré papá, ahora me apetece mucho salir de aquí. ¿Te importa?

Su padre asintió con la cabeza y vio cómo el perro, seguido de la pareja, se adentraba en el mercado. En ese momento empezaba a sonar el villancico “Santa Claus is coming to town” con el cual el trineo del Nikolaus hacía su aparición sobrevolando el mercado navideño de Núremberg.

Christian y Elke se dirigieron hacia el parque y empezaron a caminar entre sus árboles. A lo lejos, se podían ver las luces del mercado y llegaba la algarabía que creaba la salida del Nikolaus, algo amortiguada por la nieve y la distancia. Iban andando sin hablar y casi sin mirarse oyendo el crujido de la nieve bajo sus pies. Markus, el corgi de Christian, se paró a olisquear en un árbol y se dispuso a levantar su patita.

—¿Te apetece comer algo? —Preguntó Christian para romper el hielo.

—Un poco más tarde. Ahora me apetece pasear un rato. ¿Has subido alguna vez al castillo?

—Sí, pero nunca de noche. ¿Subimos?

Y ambos se encaminaron hacia el castillo de Núremberg.

Salieron del parque y empezaron a andar por la *Burgstrasse*, que llega directa al castillo. Caminaban uno junto al otro, hablando de algunas curiosidades del castillo.

—Por si acaso no lo sabes, te puedo contar que la zona del castillo se divide en tres secciones: el Castillo Imperial, el *Burggrafenburg* y otras edificaciones municipales de la Ciudad Imperial. Este castillo y las murallas que bordean la ciudad se destacan por ser uno de los sistemas militares medievales más destacables de Europa.

Christian escuchaba sin añadir nada y Elke siguió hablando. Parecía que de esa forma conseguía que no se instalase de nuevo el silencio entre los dos.

—Sólo la capilla románica y la Torre *Sinwellturm* permanecieron intactas después de la Segunda Guerra Mundial. Todo fue restaurado al término de la guerra, incluyendo la Torre *Luginsland*, de la que no quedó ni una piedra.

Ya habían llegado al final de la calle y giraron hacia la izquierda. El castillo y sus edificaciones se veían de frente en todo su esplendor. La oscuridad, las luces que lo iluminaban y otras que llegaban de la ciudad, le daban un aspecto misterioso al conjunto aquella tarde de invierno. El suelo cambió de asfalto a adoquinado, con grandes bloques de piedra. Esa tarde había caído bastante nieve y empezaba a congelarse con la caída de las temperaturas al llegar la noche.

—Ten cuidado, Elke, que esto está resbaladizo.

Llegaron al castillo y se asomaron a la vista sobre la ciudad que ofrecía una de sus terrazas. Era impresionante. Ahí abajo estaba Núremberg. Toda engalanada para la Navidad con sus calles iluminadas, casas con velas o luces en sus ventanas y la gente paseando de un lado a otro.

Se quedaron un largo rato contemplando el panorama hasta que Markus tiró de su dueño y éste despertó de su ensimismamiento. Christian miró a Elke y vio que ésta estaba temblando.

—¿Tienes frío?



—Un poco, pero ese escalofrío que has visto es únicamente de sobrecogimiento de lo bonita que es mi ciudad.

—Sí que está bonita, sí, pero también creo que hace mucho frío ya. Deberíamos bajar y tomarnos algo caliente. ¿Qué te parece?

—¡Una gran idea!

Para volver, utilizaron la misma calle por la que habían subido, solo que la nieve que la cubría ya se había congelado completamente. En uno de sus pasos, Elke resbaló y si no llega a ser por los reflejos de Christian, habría acabado en el suelo.

—¡Cuidado! —Chilló éste del susto que le dio ver a Elke volando a su lado.

La sujetó fuertemente y el aroma que desprendía Elke le inundó. Su pelo olía a almendras mezcladas con vainilla y no pudo evitar cerrar los ojos para degustar ese aroma. A Elke le inundó un aroma a mar mezclado con White Musk que la embriagó. Se quedaron una milésima de segundo degustando el aroma del otro hasta que se dieron cuenta y sus miradas se cruzaron. Entonces, se sonrieron.

—Gracias. Buenos reflejos. Creo que me voy a coger a tu brazo para no caer —dijo Elke sonriendo y agradecida.

Continuaron el camino hacia el centro de la ciudad, agarrados del brazo para no caerse. Ambos tenían una sonrisa dibujada en el rostro, les gustaba sentir al otro al lado, el calor del otro, el aroma del otro... Siguieron bajando y acabaron en *Bratwursthäuse*. Un restaurante pequeño y acogedor especializado en salchichas Núremberg, con denominación de origen. Cuenta la leyenda que estas salchichas tienen esa forma y son de ese pequeño tamaño por culpa de los mesoneros de la ciudad, que lo idearon para que, pasado el toque de queda por las noches, pudiesen dar de comer a los viajeros que llegaban tarde, a través de los agujeros de las cerraduras de sus locales.

Al entrar, el calor y el aroma a salchicha que salía de las planchas que manipulaban un puñado de cocineros que giraban las salchichas de una en una, les recibió. Se sentaron a una de las mesas y enseguida tuvieron a un camarero solícito aguardando sus peticiones. Pidieron una ración de salchichas y sendas cervezas.

Mientras esperaban, Christian salió a ver si Markus estaba bien, pues tuvo que quedarse fuera del restaurante en una zona reservada para mascotas. Al volver vio que Elke estaba muy seria y ya no aguantó más.

—Cuéntame qué te pasa. Estás muy pensativa y no te veo tan feliz como esta mañana, cuando hablamos con Helmut.

—Es que me he dado cuenta de las repercusiones que tiene irme a Viena a hacer las prácticas. Necesitaré un lugar dónde vivir. Todavía no sé si Helmut tiene previsto pagarme algo por las prácticas. Todo eso sin haber hablado todavía con mi jefe de estudios y averiguar si hay algún impedimento. Creo que todavía no lo he hecho porque no quiero saberlo, es demasiado bonito y no quiero que se estropee.

Además, contaba con vender todas mis creaciones en el puesto del mercado y todavía no he vendido más que la tuya. —Dijo Elke, del tirón y casi sin respirar. Ni siquiera le había contado lo de la inundación, no quería abrumar más a Christian con sus problemas. Al fin y al cabo, acababan de conocerse.

Christian escuchó, miró a Elke cuando ésta terminó, le puso un mechón rebelde por detrás de la oreja y dijo:

—Yo te ayudaré. Recuerda que vivo en Viena. Puedes quedarte en mi piso hasta que encuentres lo que necesitas, si te parece bien.

Elke lo miró. Una chispa le había recorrido las entrañas cuando ese chico le había apartado el

pelo de la cara. No supo qué contestar, pero de repente el peso que tenía sobre sus hombros se aligeró un poco.

—Eso sería de gran ayuda, pero no quiero importunarte. ¿Estás seguro?

—Completamente. En un principio debo estar aquí casi todo enero, así que después de llevarte a Viena, volveré. Eso te dará tiempo para que decidas qué hacer.

En ese momento llegó el camarero con la comanda y dieron buena cuenta de la ración de salchichas de Núremberg y de sus cervezas. Todo parecía menos grave con el estómago lleno y el cuerpo calentito.

## Las Ventas Comienzan

Otra mañana que Elke se levantaba de buen humor. El día anterior fue magnífico en casi todos los aspectos. Por fin se atrevió a hablar con su padre, ya tenía plan de futuro y volvió a pasar una gran velada con Christian. El único punto negro era que no conseguía vender sus creaciones en el mercado. Se vistió rapidito y fue directa al puesto, le tocaba el primer turno.

Sus padres ya estaban allí. Su madre le dio la bienvenida con un gran abrazo. Elke se extrañó de este gesto, en un principio, pero cuando vio la cara de culpable de su padre, se dio cuenta de que le había contado la charla que tuvieron el día anterior.

Al separarse, ambos se la quedaron mirando.

—¡Mmmm! ¿qué? ¿qué ocurre?

—¿No nos vas a contar quién es Christian? —Dijo su madre que ya no podía aguantar más.

—¡Ahhhh! ¡Es eso! Jajajajajaja —dijo Elke divertida.

Elke les contó la historia de cómo Markus, el corgi de Christian, fue el primero que se acercó y lo bien que luego congenió con su dueño. Les contó que Christian era nuevo en la ciudad y le estaba enseñando lugares y sitios interesantes. Además, les contó que tenía una empresa y que estaba en la ciudad para abrir una sucursal.

—También me ha puesto en contacto con un amigo suyo que se dedica a los tejidos alternativos. Me lo ha presentado y nos hemos caído tan bien que me ha ofrecido terminar las prácticas en su empresa, pero eso ya se lo conté a papá. Y creo que ya está. Bueno, espera, que ayer surgió algo más. Puede que, si lo de las prácticas en Viena acaba saliendo, viva en su casa hasta que encuentre algo que pueda pagar yo sola. Ya está, pero en teoría no conviviremos bajo el mismo techo pues él no se quedaría en Viena, volvería aquí unas semanas más. Mamá, no pongas esa carita.

—Es que papá dice que tu cara se ilumina cuando le ves y vivir juntos es un gran paso —dijo su madre como si fuese algo precioso.

Elke miró a su padre con cara de pocos amigos y éste se encogió de hombros.

—Bueno, pues de la iluminación facial no sé nada porque no tengo un espejo para verme. No vamos a vivir juntos. Es que ¿no me has escuchado? Y ya os he dicho que hemos congeniado muy bien, pero de momento ya está. Cuando tenga más noticias os las diré. Me voy a mi puesto.

Se dio media vuelta y se encaminó al final de la mesa donde estaban expuestas sus creaciones. La verdad es que sí la ponía nerviosa vivir en casa de Christian, pero no quería pensar en ello todavía.

Parecía que el día iba a ser muy parecido al anterior, sin ventas. Casi al finalizar la tarde, apareció una clienta que llevaba un perrito pomerania en el brazo y empezó a mirar algunas piezas. Eligió una y le preguntó por el tejido, la calidad, el precio,... Elke estaba expectante.

—¿Puedo probárselo a mi Gucci?

—¡Por supuesto! Mira, con esta tira se hace más grande y más pequeño. Te ayudo.

—Creo que le queda un poco grande ¿qué piensas? —Dijo la clienta enseñando al perrito.

—Tienes razón, pero es una pieza única. Si quieres, se lo adapto en un momento. ¿Te interesa?

La clienta se quedó un poco alucinada con el ofrecimiento y sólo por saber cómo acababa la cosa, aceptó. Elke ajustó con alfileres la parte sobrante, le quitó la prenda al perrito y sacó su

máquina de coser. En un periquete la prenda estaba arreglada y como nueva. La clienta se la volvió a poner a su Gucci y le sentaba como un guante.

—¡Me encanta! ¡Me lo llevo! —Dijo encantada—. Espera, y con este otro modelo ¿también le pasará lo mismo?

—No, ese seguro que se le ajusta mejor. ¡Pruébeselo!

Entre las dos le probaron otras dos prendas al pomerania. El perro estaba encantado y se dejaba hacer sin rechistar. Al final, la clienta se llevó cuatro modelitos para su perrito.

Elke no podía creérselo, por fin había vendido de nuevo. Cuando la clienta se fue toda contenta, empezó a pensar en que su puesto podía funcionar. ¡Era posible! Ya no quería tirar la toalla y justo en ese momento, vio acercarse a Edith con una gran sonrisa.

—¡Felicidades! He visto que esa chica lleva una bolsa. ¡Sabía que lo conseguirías!

Elke, al verla, se percató de que Edith iba vestida de verde y no pudo evitar sonreír por lo que eso significaba para ella y porque fuese precisamente Edith quien le trajese ese mensaje.

—¿Nos vamos a celebrarlo? —Dijo ésta.

Cerró su parte del puesto y le avisó a su padre de que se iba con Edith. Ambas amigas se cogieron del brazo y se fueron a su puesto preferido de la feria, que en ese momento ya estaba en plena ebullición. Todos los clientes cantaban al son del villancico de turno y ellas también se contagiaron. Se acercaron a la barra a pedir una cerveza y mientras esperaban, Edith dijo:

—Todavía estoy esperando a que me cuentes más sobre ese chico, que tu madre me ha hecho el tercer grado y no he sabido qué decirle.

—¿Que mi madre ha hablado contigo de Christian?

—Sí, quería saber si yo podía darle más información. Esta intrigadísima. Jajajajajaja

—¡Mira que es!

Elke le explicó cómo había conocido a Christian, qué hacía él en Núremberg, que es el culpable de sus nuevas prácticas y que a lo mejor vivirá en su casa una temporada. Al final no pudo resistirse a confesarle lo que siente cuando está con él.

—Pues tal y como lo veo, creo que te estás colando por él así que cuidadito con lo de ir a su casa, no vaya a haber malentendidos.

—¡Pero si acabo de conocerlo! Sólo somos amigos.

—¿Y?

—Pues que es muy pronto para nada más. Además, para qué empezar nada, estropearía mi estancia en Viena —dijo Elke.

—O enriquecería tu estancia en Viena. Quién dice que tenga que ser algo super serio. Si no te arriesgas de vez en cuando te vas a perder muchas cosas, Elke. Es como con las prendas que has creado de las piezas estropeadas, si no te hubieses arriesgado, no sabrías que eres una gran diseñadora.

—Eso es mucho hablar ¿no crees?

—¡Tú misma! —dijo Edith y continuó—. A ver, ahora que ya sabes que tus creaciones funcionan, debes creer más en ti.

Antes de que Elke pudiera sobreponerse a lo que le decía su amiga, vio por encima de los hombros de ésta a Christian. Su cara se relajó y una sonrisa brotó de oreja a oreja. Edith al verla se dio la vuelta y vio como Christian, sonriendo, llegaba a ellas.

—Hola chicas. Sabía que podría encontrarte aquí —le dijo a Elke.

—Hola Christian. Te presento a mi amiga Edith ¿recuerdas a la duendecilla del Nikolaus? —Le presentó Elke.

—Encantado de conocerte Edith. La verdad es que hacéis un gran trabajo, pasando con el

trineo por encima del mercado. ¡Qué bonito queda! Por cierto, el otro día nos disteis un buen susto.

—¡Anda! ¿Lo viste? Sí, fue algo que puede pasar una vez cada cien mil y nos pasó a nosotros. Por suerte, lo pude arreglar sin problemas, pero tampoco corríamos un gran peligro, somos trapevistas profesionales y esas cosas son el pan nuestro de cada día. —Explicó una Edith sonriente. Parecía que le estaba cayendo bien ese chico y Elke lo percibió.

—¿Me puedo tomar una cervecita con vosotras? —Dijo Christian.

Y Elke se dio cuenta en ese momento de que no había invitado a Christian a quedarse y le dio algo de vergüenza. El rubor empezó a subirle por el rostro y le dijo que por supuesto.

—Estamos celebrando que Elke ha hecho más ventas esta tarde. —dijo Edith.

—Pues por Elke y sus preciosas creaciones —propuso Christian.

Los tres amigos levantaron sus vasos al centro y a continuación, bebieron. Pasaron un rato muy agradable, bebiendo, cantando y hablando.

—¿Queréis ir a ver la procesión de las velas? —dijo Edith mirando el reloj. Empieza en unos minutos y como Christian es nuevo en la ciudad seguro que no la conoce. Es una de las procesiones más bonitas de estas fiestas. ¿Qué me decís? —Dijo Edith, encantada de poder conocer un poco más al chico por el cuál su amiga era patente que se estaba colando.

—Pues ¡vamos! —Contestaron ambos al unísono.

Se subieron al primer piso de una galería comercial con terraza que daba a la calle por dónde pasaba la procesión. Una hilera de lucecitas cálidas avanzaba a paso lento. La gente se callaba a su paso por la solemnidad del acto, sólo se escuchaban algunos villancicos y el murmullo a lo lejos del mercado navideño. Era un momento mágico. Elke y Christian se miraron. Ella para ver si le gustaba y él porque ansiaba mirarle a los ojos. Se aguantaron la mirada un buen rato. Christian tímidamente acercó su mano a Elke y ésta se la cogió como algo natural. Era reconfortante. Y así se quedaron. Edith les iba a decir algo, pero al ver el momento, se detuvo y los dejó a solas.

Fue muy íntimo, aunque estuviesen rodeados de gente.

Al terminar la procesión, los tres se fueron a tomar algo a un bar que había a orillas del río en la parte histórica de la ciudad. El local tenía una pequeña terraza con estufas de seta para caldear un poco el ambiente a quien tuviera la osadía de sentarse fuera. Se notaba la humedad del río. Ellos fueron de los que se sentaron en la terraza, pues el ambiente era mágico. La noche estrellada, el río, las luces de los mercados, la gente cruzando el puente,... Christian entró a pedir unas cervezas para los tres y las chicas se quedaron fuera, pero de pie.

—Sé que hace frío, pero me encanta este sitio. Creo que mientras estemos de pie...

—¡Uf! Sí que hace frío sí, acepto que nos quedemos a tomar una cerveza aquí fuera, pero luego podemos ir a calentarnos a *Pillhofer* y cenar algo —dijo Edith—. Por cierto, creo que debes hablar con Christian antes de que te vayas a vivir a su casa.

—¿Por qué?

—Para que os aclaréis ambos.

# Decisiones

Después de ese día, siempre había alguien merodeando entorno al puesto de Elke. Se había corrido la voz de que adaptaba las prendas a cada mascota y no sabía si había hecho bien o mal pues eso le hacía tardar más con cada cliente. El puesto se animaba más cada día que pasaba y ella estaba plétórica. Las ventas iban en aumento y tenía que crear nuevas, cada día, para poder rellenar los huecos.

Con tanto trabajo no había tenido tiempo ni para pensar en su beca ni en la llamada que todavía no había contestado. Así que esa mañana al levantarse, decidió arreglar esa parte de su vida. Ya había tomado la decisión de cambiar sus prácticas de empresa y no dejar a sus padres en la estacada. Se quedaría para ayudarles.

Primero llamó a la empresa de sus prácticas actuales y les dijo que no podía volver, debido a motivos familiares. No se lo tomaron nada bien y casi le colgaron de mala gana. Después habló con su jefe de estudios.

—Mira, no puedo dejar ahora a mis padres. Hemos tenido una pequeña catástrofe con el almacén del mercado y me necesitan —explicaba Elke.

—Bueno, tú veras. Como ya te dije, la empresa no puede obligarte a ir, pero seguro que te dejan fuera de los candidatos para el puesto vacante.

—De eso quería hablarte. He encontrado otras prácticas que me gustan mucho más. ¿Qué debo hacer para realizar el cambio?

—Me gusta tu proactividad. Ya me contarás la historia de cómo las has encontrado —dijo intrigado su tutor— de momento, entiendo que voy avisando a tu actual tenedor de las prácticas de que ya has acabado con ellos.

—Sí, por favor. No me apetece hacerlo yo, hoy me han colgado de mala gana cuando les he dicho que no iba.

—Bien, tranquila, yo me encargo. Lo primero que hay que hacer para comenzar con el cambio de empresa es hablar con la nueva y firmar el acuerdo de cooperación. ¿De qué es la empresa?

—Es una empresa de Viena que comercializa y distribuye tejidos sostenibles. Me quieren para que les ayude a investigar sobre los nuevos tejidos sostenibles que quieren añadir a su catálogo. Me encanta la idea. ¿Crees que servirá para mis prácticas de último año?

—¡Ah! Que está en Viena. Tendré que mirar los estatutos por si acaso, aunque no creo que haya problema. En un principio tiene buena pinta.

—¡Estupendo! Les voy a avisar. El dueño se llama Helmut Bauer ¿Le doy tu contacto para que te llame?

—Sí, dile que puede llamarme hoy a cualquier hora o mañana por la mañana. Y tú relájate porque esto es entre ellos y nosotros. Cuando esté listo te aviso.

—Bien. He quedado con él en que voy a ir a visitar la empresa el 28 de diciembre, vaya a hacer las prácticas allí o no. ¿Crees que sabré algo para entonces?

—Sí, supongo que sí.

Se despidieron y colgaron.

Elke se sentía más viva que nunca. La idea de crear un laboratorio de tejidos sostenibles le

parecía el mejor trabajo del mundo. Quería muchísimo hacer esas prácticas, sabía que su futuro dependía de ellas. Sólo necesitaba aclarar un punto en ese plan: su estancia en Viena en casa de Christian. Tocaba sincerarse, pues sabía que lo que le había dicho Edith la pasada noche era cierto. Sentía algo por él.

Intentó alejar ese pensamiento de su cabeza y se preparó para ir al mercado. Cuando llegó, saluda a sus padres y se dio cuenta de que están muy alegres.

—¿Qué os pasa? —pregunta divertida.

—Ha llamado Dieter. Al final, sí llegará para pasar la Navidad en casa.

—¡Qué bien! ¡Todos en casa! Va a ser estupendo. —Elke no podía dejar de pensar que todo seguía confabulándose para que fuese una última gran Navidad tradicional en familia antes de que todos se fuesen a vivir sus vidas por separado.

Se encaminó hacia su zona del puesto y abrió. Ese fue un día de mucho trabajo. Cada vez le quedaban menos piezas y menos pieles para hacer nuevas creaciones. Por un lado, le daba rabia, pero por otro estaba muy contenta con el éxito que estaba teniendo.

La tarde en el mercado fue más o menos como la mañana, muchos clientes y ventas. Como todos los días, antes de que los adultos invadiesen el mercado, empezó a sonar “Santa Claus is coming to town”, esa era la señal para que Edith y su abuelo surcaran los cielos del mercado. En ese momento se desataba un gran alboroto de niños chillando y recogiendo los dulces que lanzaba Edith desde su nubecita.

Elke miró hacia arriba y los vio. Sonó su móvil, miró la pantalla y era su jefe de estudios. Cuando colgó sus ojos brillaban de emoción. Todo se había solucionado. Tenía sus prácticas soñadas. En ese instante su móvil emitió un pitido, miró y era un mensaje de Helmut que decía: Todo arreglado. Te espero el 28 y hablamos. Disfruta de tus Navidades.

Estaba impaciente por contárselo a Christian. Miró hacía el cielo y vio a Edith, sí, a ella también tenía ganas de darle las buenas noticias, pero de momento, se conformaría con poner al día a sus padres.

—Papá, Mamá, me acaban de comunicar que tengo confirmado el cambio de prácticas para enero. Estoy encantada.

—Y eso ¿qué quiere decir? —Preguntó su madre.

—Que, a partir de enero, en vez de vivir en Hamburgo, viviré en Viena. Hay algunas clases que recibiré online y otras, tendré que hacerlas en Hamburgo, pero eso ya lo iré sorteando —explicó Elke toda ilusionada—. Mi jefe de estudios me ha asegurado que no será problema.

—Nos encanta que tengas tan claro lo que quieres y te ayudaremos a conseguirlo ¡Estamos muy orgullosos de ti! —dijo el padre de Elke cuando acabó con las explicaciones.

—¿Y dónde vivirás mientras estás en Viena? —dijo su madre impaciente por saber más.

—Como ya te dije, viviré en casa de Christian hasta encontrar otra cosa. Recuerda que él no estará, así que tranquila —dijo con una voz cansina.

—Eso depende de lo que tú quieras. ¿Te gusta ese chico? —Dijo su madre como si nada.

—¡Mamá! ¡Ahora mismo no lo sé! —y se fue hacia su puesto de ropa.

Sus padres se miraron.

—Elke, no te pongas así. Tu madre se preocupa por ti y por eso quiere saber más —le dijo su padre en tono bajito.

Elke sonrió. Nunca los había visto así de insistentes. Eso la divertía y desconcertaba a partes iguales. Levantó la vista hacia la calle del mercado y vio aparecer a Christian. Su cara se iluminó como si estuviese asistiendo a una exhibición de fuegos artificiales.

Su padre le dio con el codo a su madre para que se fijara y ésta sonrió. Sabían muy bien lo que

le ocurría a su querida hija. Era ella la que todavía no se había dado cuenta. Decidieron dejarlo correr, ya que esas cosas se suelen solucionar solas.

—¡Hola Markus! Mamá, Papá os presento a Markus, mi modelo favorito —dijo Elke rascándole el lomo al corgi.

Los padres de Elke saludaron a Christian y se agacharon a acariciar a Markus.

—¿Te apetece dar un paseo por el parque? Sé que hace frío, pero podemos acabar tomando un chocolate caliente. Me he hecho fan de una cafetería dónde lo ponen delicioso —propuso un alegre Christian.

—Me queda muy poquito para cerrar. Si esperas un momento...

—Tonterías Elke, vete, ya nos encargamos nosotros —dijo la madre de Elke, que estaba con los ojos brillantes de emoción al ver lo alegre y feliz que estaba su hija cuando aparecía ese chico.

Elke se dejó convencer. Salieron juntos del mercado, en dirección a uno de los parques del centro de la ciudad. Ella quería ponerle al día de todas las noticias, pero se sentía un poco cohibida. Siempre le pasaba al principio, luego se daba cuenta de lo a gusto que estaba a su lado y se relajaba.

—Mis padres llegarán el viernes, justo antes de nochebuena. Me gustaría presentártelos —dijo Christian para romper el hielo.

—Me encantará conocerlos. ¿Les gusta el ambiente de los mercados navideños?

—Sí, además he pensado que podríamos quedar en tu puesto favorito, ese donde siempre acabamos cantando villancicos. Estoy seguro de que les va a encantar.

—¡Genial! Pues allí quedamos. Por cierto, te voy a dar mi número, que todavía no lo tienes —dijo Elke al darse cuenta de ese hecho.

—Jajajaja es verdad, el otro día te di el de Helmut, pero no nos los intercambiamos nosotros. ¡Madre mía!

Se miraron y se rieron.

—Hablando de Helmut, tengo noticias.

—Estupendo, cuenta, cuenta....

Y Elke le puso al día. Le dijo que las prácticas ya eran un hecho y que en enero se iría a vivir a Viena. Miró intensamente a ese chico que había conocido por casualidad un par de semanas antes, pero que parecía que conocía de toda la vida. Entonces, le preguntó, un poco cohibida, si seguía en pie lo de compartir con ella su apartamento.

—Sólo si te parece bien, porque ha habido un pequeño cambio y al final no tendré que estar aquí en enero, sólo debo volver unos días a finales. ¿Crees que será un impedimento? —preguntó Christian casi en un susurro.

—Creo que no será problema —contestó Elke casi sin darse cuenta.

Ambos se miraron y continuaron paseando, el uno al lado del otro. Estaban recorriendo el parque para que el corgi hiciera ejercicio. Se volvieron a mirar y sonrieron. Elke sentía que había que sacarse de encima esa sensación de seriedad que se había instalado entre ambos. Miró al suelo y viendo un montón de nieve acumulada se le ocurrió coger un poco y lanzársela a Christian.

De esta forma, comenzó una batalla de bolas de nieve en la que participó hasta Markus. Los tres corrían de un lado para otro, chillando, riendo y ladrando. Al pasar entre unos arbustos, Elke se tropezó y cayó al suelo riéndose a carcajadas. Christian le tendió una mano y la ayudó a levantarse. Al hacerlo, se quedaron muy pegados el uno del otro, ella sentía el aliento de él que intentaba controlar la respiración después de la carrera.

Elke subió la mirada hacia él. Tenía los labios entreabiertos y bastante rojos debido al frío. Él



bajo lentamente la cabeza hasta que sus labios se rozaron. Ambos notaron un escalofrío que les recorrió todo el cuerpo. Se separaron sorprendidos mirándose fijamente. El perro parecía que entendía que ese era un momento solemne para su amo y se quedó allí, sentado en el suelo como si no ocurriese nada.

Elke y Christian volvieron a acercar sus rostros lentamente y se fundieron en un beso. Un beso suave y dulce que los dejó extasiados. La vida acababa de cambiar para ambos.

# La Magia

Elke estaba nerviosa. Necesitaba hablar con Edith y aclarar sus ideas. Salió de casa, camino a la de su amiga. Estaba nevando, como casi todos los días de esa semana. Decidió avisarla por el móvil.

—Hola Elke, ¿Qué tal?

—¿Podemos vernos?

—¿Cuándo? ¿ahora?

—Sí, ahora sería estupendo. ¿Me paso por tu casa?

—¡Claro! Aquí te espero.

Al llegar a la puerta, Edith ya le estaba esperando y le abrió sin necesidad de llamar. Edith vio que su amiga traía la típica cara de preocupación de cuando le daba vueltas a algo.

—¿Quieres un café o un té? ¿O prefieres algo más fuerte?

—¡Tenía ganas de verte! ¿Tienes chocolate caliente? Me apetece.

—¡Claro! Pasa y me cuentas qué es lo que te preocupa tanto.

Las chicas se fueron a un pequeño salón junto a la habitación de Edith, donde ella solía recluirse cuando quería estar sola.

Elke, por fin, pudo contarle con pelos y señales todo lo relacionado con sus nuevas prácticas en la empresa de Helmut en Viena. Lo decía con tanta pasión que Edith sabía positivamente que su amiga estaba haciendo el cambio correcto, aunque le fuese a costar más trabajo terminar sus estudios por estar de un lado a otro. Después, Elke comenzó a explicarle lo acontecido la noche anterior.

—¡Me gusta! Me gusta, sí, no puedo negarlo. ¡Es de locos! Porque acabamos de conocernos como aquel que dice y he aceptado ir a vivir a su casa en menos de un mes para poder hacer esas prácticas. Para colmo, el viernes me va a presentar a sus padres. No sé, esto va muy rápido, creo que le voy a decir que me lo he pensado mejor y .... —decía Elke atropellada y caminando de un lado a otro de la habitación, incapaz de quedarse sentada o quieta.

—Antes que nada, tranquilízate que no es para tanto. Vayamos por partes. Primero, tienes que ir a ver la empresa el día 28, después estará fin de año, ya en enero tendrás que pasar por Hamburgo, me imagino, para recoger y pasar por la escuela ¿verdad? —Elke asintió con la cabeza —. Esto te da un margen de casi un mes para buscar otra casa o conocer un poco más a Christian y ver si estás haciendo bien. ¿Quieres saber mi opinión?

—¡Claro! Si no, no habría venido —dijo Elke un poco exasperada y parando en seco.

—Mi opinión es: céntrate en el presente, ve organizando tu vuelta a Hamburgo y el cambio de prácticas. Comprueba, un poco por encima, como está el tema de alquileres en Viena y deja que el tiempo resuelva el resto.

—No sé si podré. Mi corazón dice que estoy haciendo lo correcto, pero y ¿si luego nos llevamos a matar en casa?

—Pues te buscas otro sitio. Siempre puedes buscar una pensión y darte tiempo para encontrar un sitio adecuado. Tus padres han dicho que pueden ayudarte, ¿no? Pues deja esa posibilidad abierta.

—No quiero cargarles con más gastos.

—Es que a lo mejor no lo haces.

—¡Ya! Bueno. En fin, ahora que te lo he dicho todo me siento algo mejor. Cambiemos de tema ¿Te cae bien Christian? —preguntó Elke poniendo cara de pícara.

—Jajajajajaja vas al grano, ¿eh? —contestó Edith—. Me parece un chico muy cálido y amable. Tiene mirada de buena persona y aporta confianza cuando tratas con él. Creo que debo decir que sí, me ha caído bien.

Eso relajó muchísimo el semblante de Elke y se abalanzó hacia Edith. Ambas amigas se fundieron en un abrazo.

—Tengo que irme al mercado ¿te vienes? ¿vamos paseando y hablando?

—Sí ¡Vamos!

Iban las dos amigas cogidas del brazo y nada más salir de casa de Edith, un perrito con su amo cruzó delante de ellas. Ambos, perro y amo, iban vestidos de verde brillante. Elke abrió los ojos como platos y después sonrió. Para ella es una buena señal, como si esa magia que flota en el ambiente le estuviese dando luz verde a sus planes y eso hizo que se relajase otro poquito más.

Al llegar al mercado, primero pasaron por uno de sus puestos favoritos para comprar un vino caliente de frutos del bosque con tapa. Esa tapa no era ni más ni menos que una *Lebkuchen*, las galletas típicas de la navidad alemana. Lo bueno del vino caliente es que primero calienta las manos y después, al beberlo, calienta el cuerpo.

Elke llegó al puesto de sus padres y se despidió de Edith, quedando en llamarse más tarde.

—Y recuerda que el tiempo lo suele resolver todo casi sin hacer nada —dijo Edith antes de irse.

La tarde fue de mucho trabajo en el puesto de Elke. Al terminar el día, ya no tenía ninguna pieza para vender. En casa ya no quedaba más tejido estropeado para hacer más. Eso quería decir que ya había utilizado todo lo que se podía usar, ya sólo quedaba ayudar a sus padres con las ventas. Al cerrar se fue a ayudar a su padre.

—¿Cómo vais con las ventas, papá? ¿Cómo van vuestros objetivos?

—Pues estamos contentos porque con tu apañío para las piezas dañadas y lo bien que han ido las ventas este año, casi hemos llegado al objetivo mínimo. Al final no ha sido tanta catástrofe y te lo debemos a ti. Muchas gracias, hija. Estamos muy orgullosos de ti.

—Yo no he hecho más que lo que he podido. He tenido suerte de que al final se vendiese la ropita de mascotas. Al principio no las tenía todas conmigo.

—Hay que tener paciencia —dijo su padre—. Me voy para casa ¿Te vienes?

—Sí, hoy cenaré en casa para estar un rato con vosotros y hablar de las tareas que quedan por hacer antes del final de mercado.

Al llegar a casa, Dieter, el hermano de Elke acababa de llegar de su permiso navideño. Él y su madre estaban en la cocina hablando, cuando entraron. Al verse, estalló la alegría, abrazos y besos se dispersaron por doquier. Petra les sirvió un chocolate caliente a los recién llegados, pues parecía que venían con frío. Los cuatro se sentaron a la mesa de la cocina y entre todos, le contaron a Dieter todo lo que había acontecido ese mes, que no era poco, empezando por la inundación. El final era de Elke. Le contó como conoció a Christian, que iba a cambiar sus prácticas en Hamburgo por otras en Viena y que probablemente se iría a vivir a casa de Christian.

—Supongo que lo de ir a casa de ese chico será si no encuentras otra cosa mejor, ¿verdad? —dijo Dieter en tono militar—. Casi no le conoces, no creo que sea muy conveniente que te vayas, así como así, a casa de un extraño.

—Bueno, primero conócelo antes de juzgarlo. Además, la que tiene que hacerlo soy yo, así que

dame un voto de confianza. —estaba algo molesta con la reacción de su hermano, aunque también entendía su postura.

Dieter no quedó muy satisfecho, pero tampoco añadió nada más.

—Por cierto, mamá y papá, he quedado con Christian para conocer a sus padres el viernes. Creo que deberíais venir. Y tú también, Dieter.

—¡Qué interesante! —Comentó la madre—. Iremos, por supuesto.

El jueves pasó sin pena ni gloria en el mercado. Elke ayudó a vender y reponer mercancía. Como ya no tenía su parte del puesto, todo estaba lleno de las piezas en piel que quedan por vender. Elke andaba un poco nerviosa pues al día siguiente conocería a los padres de Christian, pero intentaba no pensar demasiado en ello y concentrarse en sus tareas.

Antes de ir ese día al mercado, había recibido por mail todo el papeleo de la escuela de diseño para el cambio de prácticas. Debía firmarlo electrónicamente y devolverlo. Al hacerlo, se dio cuenta de que Helmut ya había firmado su parte. Una sonrisa brotó en su rostro cuando pensó lo curioso que es cuando solo con charlar un rato con alguien, se nota una conexión. Elke estaba segura de que sus prácticas con Helmut iban a desembocar en algo más. Sabía que estaba haciendo lo correcto.

El mercado cada día acogía a más y más gente. Todas las tardes salía el trineo del Nikolaus y esa tarde de viernes había muchísimo gentío ya que era el último fin de semana. Sólo quedaban 3 días para dar por finalizado el mercado. Ese día Elke había estado todo el tiempo en el puesto, sin parar ni para comer. Era casi la hora del cierre. Estaba muy cansada, pero no se daba cuenta porque estaba nerviosa con lo que le deparaba la noche. Al echar el cierre aparecieron sus padres que venían de casa, le traían algo de ropa para cambiarse, mientras ellos terminaban de cerrar el puesto.

Al salir todos en dirección al puesto *Schlüters Alpenwelt*, el preferido de Elke, vieron como Christian venía de frente hacia ellos.

—¡Buenas noches, señor y señora Schneider! Mis padres están encantados de tener la oportunidad de conocerlos. Ya están esperando en el puesto.

—¡Buenas noches Christian! Pues a qué esperamos, ¡Vamos! —dijo Klaus mientras la madre de Elke se acercaba a ellos.

—¡Hola! —dijo Christian acercándose tanto a Elke que ésta creía que le iba a dar un beso, cosa que a él le habría encantado, pero se contuvo al tener a toda la familia alrededor.

—Christian, te presento a mi hermano. Se llama Dieter —dijo Elke atropelladamente—. Dieter, él es Christian.

—¡Hombre! Encantado Dieter —reaccionó Christian.

—Encantado —contestó un esquivo Dieter.

Y se pusieron a caminar juntos mientras se iban haciendo las preguntas típicas. Elke estaba tan nerviosa que los dejó solos y se fue junto a sus padres. Al llegar al puesto de comida y bebida donde estaban sus padres, Christian hizo las presentaciones.

—¡Hola a todos! Os presento a Elke y a su familia —dijo señalándola— Petra, Klaus y Dieter Schneider, os presento a mis padres, Johannes y Gertrud. Y ella es mi hermana Kristin, su marido está con los peques en casa.

—¡Encantada! Sí, le he tenido que sobornar, pero no quería perderme el conocer a la famosa Elke —dijo Kristin guiñando un ojo a ésta.

Los saludos se sucedieron entre todos y se acordó pedir unas cervezas. Dentro el puesto, había demasiada gente, pero fuera había un sitio donde podrían apoyar sus consumiciones. Los padres de ambos fueron los encargados de ir a la barra. En ese momento, Christian se acercó a Elke y le

susurro al oído que la había echado mucho de menos. Elke se ruborizó encantada con lo que escuchaba.

—¿Qué tal con mi hermano? —Elke estaba nerviosa con esa situación.

—Muy bien. A los dos nos gustan las carreras de coches clásicos y hemos acabado hablando de lo estupendo que sería ir algún día a visitar el festival de Goodwood. —Al ver la cara inexpresiva de Elke, continuó— es un encuentro de coches clásicos que se celebra al sur de Inglaterra.

—¡Ah! Entonces, ¿te ha caído bien?

—Sí, ¡claro! ¿Por qué no?

—Es que mi hermanito es un poquito protector y temía que reaccionase de forma rarita al conocerte. Ayer le conté que viviría en tu casa en Viena y no le ilusionó mucho la idea.

—Pues tranquila porque todo ha ido muy bien. ¿Ya les has avisado? —preguntó exhibiendo una gran sonrisa y con tal emoción que derritió a Elke.

—Sí, pero todavía no saben que tú estarás también allí. Todo está pasando tan deprisa que si no se lo voy contando a mi familia, poco a poco, les va a resultar difícil de asimilar —le contestó Elke.

Todos pasaron un rato muy agradable y al cabo de algunas consumiciones, las familias se separaron. El grupo andaba cansado, unos por estar todo el día trabajando en el mercado y los otros porque acababan de llegar de Viena. Se despidieron muy felices, pues la experiencia había salido satisfactoriamente. Todos habían congeniado muy bien o por lo menos eso parecía. Elke y Christian se despidieron de todos y se fueron a dar un paseo. No querían tardar demasiado pues ambos tenían familiares que acababan de llegar, pero necesitaban verse a solas.

Enfilaron hacia su parque favorito, el lugar dónde últimamente acababan cada vez que salían a dar un paseo. En esta ocasión iban agarrados de la mano. A Elke le gustaba el calor que atravesaba su manopla y volvía a sentirse un poco cohibida, como siempre le pasaba.

Christian se asombró sintiéndose a gusto, le cogió de la mano como si fuese lo más natural del mundo. En cuanto entraron en el parque no aguantó más, la paró y le dio un beso. Elke respondió turbada por lo mucho que anhelaba ese beso.

—Qué largos han sido estos dos días sin verte —dijo Christian susurrando en el oído de Elke.

Elke le miró a los ojos y se dio cuenta de que ya no tenía dudas. No le importaba nada si no salía bien lo de irse a Viena pues merecía la pena intentarlo. El nubarrón de su mente se despejó y se le notó en el rostro.

—No dices nada. ¿Estás bien? —volvió a hablar Christian.

—Sí, estoy estupendamente. Estaba pensando en que me gustas mucho —dijo Elke casi en un susurro.

—Tú a mí también, por si no lo habías notado —dijo Christian volviéndola a besar.

Continuaron andando y hablando. Desnudaron sus almas contándose hasta sus pensamientos más profundos. Notaron, una vez más, que era muy fácil hablar el uno con el otro. Se contaron lo asombrados que estaban de esa situación, de lo a gusto que se sentían cuando estaban juntos. Antes de despedirse esa noche, habían tomado una decisión conjunta: iban a vivir juntos, pero sin compromiso alguno. Acordaron que, si Elke estaba incómoda, buscaría otro sitio. Pero querían seguir viéndose, querían seguir siendo amigos, querían seguir aumentando esa complicidad que había surgido entre ambos. No querían acelerar las cosas.

# Nochebuena

Elke llegó a casa y vio que su familia está reunida en el salón, frente a la chimenea charlando animadamente. Los observó desde la puerta. La chimenea chisporrotea. Su cálida luz iluminaba las caras de sus padres y hermano. Se les veía felices, entre el aroma a chocolate caliente y galletas *Lebkuchen* recién hechas. Le encanta lo que veía.

—Ya estoy de vuelta. ¿Hay chocolate para mí?

—Por supuesto. —Su madre le sirvió una taza y le puso una galleta encima a modo de tapa.

—Nos gustaría explicarte algo que acabamos de contar a Dieter. —Dijo Klaus.

La cara de Dieter no mostraba emoción alguna, así que Elke no pudo adivinar si era algo bueno o malo. ¡Qué hermano más inexpresivo!

—Dime papá, ¡qué misterioso! —Elke estaba feliz, su día había sido estupendo.

—Queremos jubilarnos, bueno no del todo, medio jubilarnos. Esto de mantener una producción tan grande empieza a pesarnos un poco. —Esta vez fue Petra la que habló. Necesitaba soltarlo ya.

Elke se quedó un poco parada porque no entendía muy bien la situación. Sus padres no eran tan mayores y pensaba que les entretenía hacer lo que hacían, además de los beneficios que les reportaba. Intentó ser comprensiva.

—¿Vais a vender la fábrica? —preguntó, intentando no poner voz de pánico. La fábrica había existido desde que ella tenía uso de razón y le parecía un sacrilegio venderla. Sobre todo, porque se encontraba en los terrenos de la casa.

—Si puedo evitarlo, no. Me gustaría deshacerme de mucha maquinaria, eso sí, pero la nave me vendrá bien para continuar con lo que queremos hacer. —Explicó Klaus emocionado.

—¿Cuáles son vuestros planes, entonces? —Elke temía esa contestación, pero no sabía por qué.

—Queremos seguir fabricando nuestros gorros y estolas, pero a menor escala. Sin prisas y sin aburrirnos, en el fondo este trabajo nos encanta. Venderíamos en el mercado, pero sin poner nosotros el puesto. Hemos hablado ya con algunos amigos y ellos venderían nuestras piezas por un porcentaje. Yo creo que con eso y nuestros planes de pensiones y ahorros, tendremos para una buena jubilación.

—¡Menuda sorpresa! ¿Eso quiere decir que este ha sido el último año que hemos tenido nuestro propio puesto en el mercado navideño? ¡Vaya! —Elke estaba atónita.

En ese momento todos se dieron cuenta de ese detalle y se quedaron pensativos tomando su chocolate, saboreándolo en silencio y recordando anécdotas de años anteriores.

Durante la cena, todos estaban mucho más animados. Una vez que sabían los planes de todos y habían tenido un tiempo para asimilar los cambios, parecía que la alegría se había instaurado en la familia.

—No hemos hablado nada de la noche pasada. A tu padre y a mí, nos han caído muy bien los padres de Christian.

—¿Ah síiiii? —dijo una divertida Elke.

—He quedado mañana con Gertrud y Kristin para hacer unas cuantas compras navideñas. Como no conocen mucho Núremberg les voy a enseñar unos cuantos sitios interesantes —Anunció

Petra.

—¡Ah! Pues Johannes viene mañana a conocer la fábrica, tiene curiosidad por ver la maquinaria. —dijo, a su vez, Klaus.

Elke estaba asombrada de lo fácil que habían congeniado las dos familias. Del único que no sabía lo que pensaba era de Dieter que estaba callado y comiendo.

—¿No me digas que tú también has quedado con Christian? —Le preguntó a su hermano.

—Pues, mira, sí. Le voy a enseñar una tienda de coches clásicos muy molona que conozco y hemos quedado para ir juntos por la tarde. —Contestó su hermano.

—¿Eso quiere decir que te cae bien? —preguntó Elke aguantando la respiración. Quería que se llevaran bien.

—Jajajajaja sí, eso quiere decir que, de momento, me cae bien. —Contestó Dieter, risueño.

¿Qué estaba pasando? Toda su familia había congeniado a la perfección con la de Christian. Eso parecía cosa de locos. Elke no quiso darle muchas más vueltas, pues eso le ayudaba para poder continuar conociendo a Christian tranquilamente, y suponía un gran alivio para ella.

A la mañana siguiente ya era Nochebuena, último día de mercado. Mientras Elke se dirigía por última vez al puesto, se dio cuenta del hecho de que era para siempre y le entró algo de nostalgia. La mañana pasó bastante rápido. Al mediodía, había quedado con Edith para comer y desahogarse, sobre todo desahogarse.

Entró en el restaurante que habían quedado y vio a Edith sentada ya a una mesa un poco apartada.

—¡Hola! Vaya día frío que hace hoy. ¡¡Brrrrr!!

—Sí, creo que vamos a empezar con una buena sopa de cebolla, ¿verdad? —Replicó Edith.

Se sentó a la mesa, pidieron la comida y no hubo tregua. Elke le contó todo lo acontecido la noche anterior, que era mucho. El encuentro de ambas familias, las confidencias con Christian y lo bien que congeniaban. Edith le hizo contar con pelos y señales cómo fueron los besos, cosa que Elke contó de pasada pues le ruborizaba mucho detenerse esos detalles, pero a Edith le divertía ponerla en esa situación. Así que acabó contándole la historia sobre la jubilación de sus padres.

—Es el final de una era. Vuestra familia ha estado poniendo puesto en el mercado navideño de Núremberg desde que tengo uso de razón. Va a ser una gran pérdida. —Concluyó Edith al escuchar la historia.

—Supongo que ésta ha sido la última vez que pasamos un mes de diciembre tal y como lo hemos hecho desde mi nacimiento. Llevo teniendo ese presentimiento desde que cogí el tren en Hamburgo —dijo Elke.

—¿Sabes? Esta noche deberíamos ir todos juntos al *Schlüters Alpenwelt* para celebrarlo. — Edith siempre tenía alguna excusa para celebrar.

—Jajajajajaja eres incorregible. Se lo diré a mis padres. Tú díselo a tu abuelo y a tu madre para que se vengan. ¡Ah! Bueno, a lo mejor se viene la familia de Christian también. Resulta que ahora mis padres y los suyos son inseparables. —explicó Elke riéndose.

La comida transcurrió placentera para ambas amigas. Ellas sabían que, aunque la vida iba cambiando y las iba llevando en diferentes direcciones, siempre estarían en contacto.

Al terminar la comida, Elke volvió al puesto, justo cuando llegaba su madre toda risueña y cargada con unas cuantas bolsas.

—Klaus ¿Dónde tienes el coche? Necesito dejar esto dentro.

—Dámelo. Ya lo llevo yo. —Replicó él.

Petra se acercó a Elke y le contó que había tenido un día estupendo de compras.

—Gertrude y Kristin tienen un gusto exquisito y son muy divertidas. Les voy a presentar a mis

amigos. Estoy segura de que van a congeniar estupendamente —explicaba una Petra encantada y dando palmitas—. Por cierto, hemos quedado esta noche, en el puesto del otro día, para celebrar la Nochebuena y que cerramos el puesto del mercado navideño. Supongo que vendrás, ¿verdad?

—¡Qué casualidad! He quedado allí con Edith y su abuelo, así que hemos tenido la misma idea. Esta noche llenaremos el puesto —dijo Elke riéndose.

Llegó la hora de recoger. Mientras iban retirando las pocas existencias que quedaban ya en el puesto, a Elke se le hizo un nudo en el estómago. Recordó la primera vez que se puso a vender, la primera vez que intentaron robarle, las veces que se había escaqueado porque quería irse con Edith de paseo por el mercado,... A Elke se le nublaron los ojos. Su padre la vio y se acercó a ella.

—Cuántos recuerdos. Ahora vamos a crear nuevos, no te preocupes. —le dijo.

—¿Estaréis bien?

—¡Claro que sí! ¡Oye! Que no es que vayamos a dejar de vernos, no te lo permito, es sólo que creces y tienes que vivir tu vida.

—Lo sé, pero ....

Elke no pudo seguir hablando, se abrazó a su padre lo más fuerte que pudo. A veces pensaba que no le apetecía nada crecer, que le gustaría seguir siendo una cría que necesitaba la protección de sus padres. Terminaron de recoger y al echar la llave, a la madre de Elke se le cayó una lágrima. Klaus la abrazó y la besó. Todo fue muy emotivo. Se recompusieron y se acercaron a casa para descargar el coche y poder asearse un poco, pues la noche podía ser larga.

Al llegar al *Schlüters Alpenwelt*, el puesto ofrecía un gran ambiente festivo. Era su última noche también y los parroquianos querían aprovechar. Elke vio a Edith con su madre y su abuelo y todos fueron hacia ellos. Al cabo de un rato la familia de Christian, al completo, llegaba al puesto, pero sin éste. Hubo presentaciones y saludos por todas partes y unos cuantos se fueron a la barra a por unas consumiciones. Gertrude vio la cara de desconcierto de Elke y se acercó a ella.

—Tranquila, venía con nosotros, solo que de repente se paró y dijo que tenía que hacer algo y que nos adelantásemos. No tardará —le explicó con una voz cálida y comprensiva.

En ese momento sonó el móvil de Edith y ella empezó a dar saltos cuando vio en la pantalla quien la llamaba. Descolgó corriendo y se apartó buscando un lugar dónde poder hablar tranquilamente. Elke pensó que sería su novio.

Mirando hacia la dirección de Edith, le vio venir. Christian avanzaba hacia ella con una gran sonrisa en la cara y traía algo colgando del cuello que no podía percibir bien. Bueno, sí que lo veía, pero no podía creer lo que estaba viendo. Empezó a reírse cuando estuvo a unos pocos pasos de ella y confirmó lo que veía.

Christian, con un grueso abrigo verde botella y una gran bufanda a juego, venía con Markus, su corgi, vestido con un jerseicito verde con copos de nieve dibujados. Ese color por todos lados, le daba luz verde a Elke para aceptar y confirmar que estaba haciendo bien en confiar en aquel hombre.

Pero es que Christian traía algo colgando del cuello, una gran galleta en forma de corazón y decorada con glaseado blanco con un mensaje escrito. El mensaje decía: Te quiero. A ella le parecía lo más pastelero del mundo, pero le encantó.

Al llegar a la altura de Elke, se echó la galleta a la espalda para que no estorbaba, la cogió y la besó con pasión. La abrazó como si hubiese estado sin verla una semana. Ambos se aislaron en su propia burbuja, ya no se escuchaba la música, ni los gritos, sólo existían ellos dos, sus alientos, sus caricias y sus miradas. Cuando, por fin, se separaron sus rostros, Elke dijo:

—Yo también te quiero —mostrando una gran sonrisa de felicidad.



Y se volvieron a fundir en un beso.

En ese momento, la algarabía dentro del puesto aumentó muchos decibelios y todos los clientes, incluidos las familias de Christian y Elke, levantaron sus vasos y gritaron al unísono:  
¡Feliz Navidad!

# Agradecimientos

Nunca podré agradecer lo suficiente a maridín, Stephan Fuetterer, por ayudarme a conseguir mi sueño. Sin tu apoyo nada de esto sería posible. Gracias.

Quiero agradecer a mi familia y a todos los amigos que me están apoyando en esta aventura, por mencionar a algunos: José, Fernando, Pau, Mónica, Susana, Sonia y David, pero también a todos los que han leído el relato y me han dado su parecer.

Como siempre, me gusta hacer una mención especial a Mónica Gutiérrez Artero por descubrirme el estilo feelgood.

## Acerca del autor

### **Ginny Bennet**



Soy Virginia Rodríguez y Ginny Bennet es mi seudónimo para mis novelas. Llevo más de 10 años escribiendo en mi blog “Entender la Belleza” y al descubrir el estilo feelgood pensé que podría escribir algo más.

Mi objetivo es crear un oasis agradable y de bienestar mediante lecturas ligeras y entretenidas con finales felices que provoquen un viaje interior a la vez que desconectan al lector del mundanal ruido. Si lo consigo sentiré que he cumplido mi propósito.

No me puedo creer que esta sea ya mi cuarta novela. Esta pandemia me ha descubierto una nueva forma de viajar y en esta ocasión he revivido mis viajes por los mercados navideños de Alemania. ¿Puede haber algo más bonito que eso?

Para crear esta historia me he centrado en mi ciudad navideña favorita, Núremberg. Después, la he salpicado con características de otros mercados como, por ejemplo, el Nikolaus que pasa con su trineo por encima del mercado y el puesto Schlüters Alpenwelt con más ambiente del mundo, que los puedes disfrutar en Hamburgo.

No me hago responsable del efecto que pueda ejercer esta historia, como la repentina necesidad de visitar por ti mism@ los maravillosos mercados navideños alemanes. Tu disfruta y si te gusta, por favor, da tu opinión pues ya sabes cómo es Amazon. Gracias.